

LAS MISIONES CATÓLICAS



Precios de subscripción

ESPAÑA: Un semestre, 4 ptas.; un año, 8 ptas.
EXTRANJERO: Un semestre, 5 francos; un año, 10 fr.

Se publica el 15 de cada mes

Año IX.—Martes, 15 Octubre 1901.—N.º 178

Advertencias

No se admite subscripción por menos de un semestre.
El pago puede hacerse en libranza, letra ó sellos.

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: Librería y Tipografía Católica, calle del Pino, 5, Barcelona



ALTO TONKIN.—RICA FAMILIA CRISTIANA, FORMADA POR CUATRO GENERACIONES

Reproducción de fotografía remitida por el P. Girod, de la Sociedad de las Misiones Extranjeras de París. (Pág. 223)

SUMARIO

Texto.—CORRESPONDENCIA: Abisinia.—China.—Hu-nan Septentrional (China).—Ernáculam (Misión de Verápoly-Asia).—DIEZ AÑOS EN EL ALTO TONKÍN (continuación).—ESTADÍSTICA IMPORTANTE.—JAPÓN HISTÓRICO Y ARTÍSTICO (Kamakura y Nikko): Ruinas y mausoleos (continuación).—ASESINATO RITUAL.—BIBLIOGRAFÍA.—VARIEDADES: El patio azul (cuento).—SUSCRIPCIÓN EN FAVOR DE LA «OBRA DE LA PROPAGACIÓN DE LA FE.»—BARTEK EL VICTORIOSO, cap. IX, novela, por Enrique Sienkiewicz.

Grabados.—ALTO TONKÍN: Rica familia cristiana, formada por cuatro generaciones.—Casa flotante.—Tigre real muerto por los indígenas.—Cementerio de la Comunidad de Ke-so.—Junco remontando el río.—Orillas del Song-Chay.—JAPÓN: Puerta llamada Sakashita, que conduce al panteón de Iyeyasu.—Nikko: Kiosco de la danza en Kagura.—Ilustración de la novela *Bartek el Victorioso*.

CON LICENCIA ECLESIASTICA

CORRESPONDENCIA

ABISINIA

EL EMPERADOR MÉNÉLICK LLAMA Á LOS MISIONEROS

Uno de los últimos números de *Las Misiones Católicas* daba cuenta de las nuevas pruebas á que ha sido sometida la Misión de Abisinia, y de la expulsión de los Lazaristas decretada por un vasallo de Ménélick enemigo del Catolicismo. Gracias á Dios y al poderoso y excelente Emperador la prueba ha terminado; así nos lo anuncia la siguiente carta:

CARTA DEL P. COULBEAUX, SUPERIOR DE LA MISIÓN DE ABISINIA

Las *Misiones Católicas* dieron cuenta de la manera como hace algunos meses los misioneros de Abisinia debieron ceder ante la fuerza bruta de los soldados del jefe de la Agamié, y abandonar la residencia de Alitiena. Nuestros lectores habrán sin duda admirado la constancia, la valerosa fidelidad de las familias católicas, Religiosos y Religiosas, de nuestros amadísimos seminaristas, esperanza de la Misión, que con el corazón apenado abandonaban la parroquia y huían en lo más áspero del bosque, en lo más escabroso del monte, huyendo de sus hermanos, de sus compatriotas que les perseguían. Debían temer menos de las fieras que de sus perseguidores. Después de peligros y fatigas sin cuento, encontraron asilo seguro en las hospitalarias tierras de Erythrea, protegidos por las Autoridades italianas.

¡Puede haber éxodo más triste que el de estos cristianos, acompañado siempre de peligros y de temores de más sombrío porvenir! Todos esperábamos resignados.

Dios escuchó los gemidos y oraciones de los que padecían.

Y tengo la gratísima satisfacción de publicar que ayer 12 de Septiembre, tres de los misioneros expulsa-

dos embarcaron en Marsella dirigiéndose á Abisinia, para al frente de la Misión trabajar otra vez á mayor gloria de Dios.

Lo sucedido lo esperábamos, á pesar de cuanto en contra veíamos ó nos escribían: lo esperábamos para breve plazo, pues eran tantas las lágrimas y las oraciones de los expulsados, que habían de conmover el corazón de Dios. ¡Cuán hermosas y consoladoras son las cartas que cada correo nos traen la expresión de su afecto!

«Nuestros compatriotas, escriben los sacerdotes indígenas, esperan resignados y animosos: su único temor es que si se prolongan indefinidamente los actuales padecimientos y privaciones no acaben con su firmeza, no venzan su esperanza y valor. Postrados cabe á nosotros, tienen sin cesar manos y ojos levantados al cielo impetrando el pronto regreso de los Padres... No nos abandonéis... tened piedad de nosotros... venid á socorrernos...»

El que permitió la tribulación se ha dignado poner fin á la prueba.

¿Cómo se ha obrado cambio tan feliz?

El jefe de Agamié, que al dictar las arbitrarias disposiciones contra los católicos, lo hizo fiando en la distancia enorme que le separa de la capital, y en lo que dificultan las comunicaciones escarpadas y casi inaccesibles montañas, ha debido humillarse y ceder á las órdenes de Ménélick, no por amor ó respeto al Soberano, sino por temor del Ras Uolié, gobernador del Tigré, que guiado por instrucciones concretas del Emperador, ha trabajado en pro de nuestra causa.

Humilde ante la amenaza del poderoso, cuanto tiránico ante la humilde impotencia del misionero, el Dedjaz Hagos me escribe una carta fecha 12 de *senie* (21 de Junio), invitándome á tomar posesión de la abandonada residencia de Alitiena:

«... He, dice, recibido de Su Majestad la orden de volveros vuestras antiguas propiedades. Esta orden imperial es para mí sagrada (!); podéis, pues, regresar...»

A este escrito le acompañaba una carta que Ménélick, suponiendo que aun residíamos en Alitiena, nos dirigía. Esta carta, fechada en 16 *myazia* (24 Abril), había sido pérfidamente retenida durante un mes. Para remitirnosla esperó que nos hallásemos lejos de Abisinia.

Escrito de conformidad con el laconismo oficial propio de las cartas reales abisinias, ella es prueba indudable de la constante protección imperial. La traducción es como sigue:

«*Vicit leo de tribu Juda*, Ménélick II, elegido del Señor, Rey de los reyes de Ethiopía, á Abba Johannès.

«¿Cómo está V.? Yo, gracias á Dios, sigo bien. No acierto á comprender las vejaciones de que á pesar de mis órdenes son víctimas V. y los suyos. Vivan protegidos por mi autorización en las localidades que les pertenecen. Para que en lo sucesivo no sean molestados, doy instrucciones al Ras Uolié. Pónganse de acuerdo con él.

«Fecha: día 16 de *myazia* del año de gracia 1893 (24 Abril 1901).»

Por último, Hy, ministro de Estado del Emperador, nos escribe con fecha 15 de Julio:

«S. M. el Emperador se ha disgustado por la desobediencia del Dedjaz Hagos... Su Majestad ha dado órdenes terminantes para que restituyan á Vdes. cuanto poseían, y les garanticen la paz necesaria para el desarrollo de las obras de Vdes. No dudamos que estas órdenes serán fielmente cumplidas. En caso contrario avisenme sin pérdida de momento...»

Al recibir estos testimonios de la protección imperial, elevamos al Dador de todo bien fervida acción de gracias, pues en la hora de la tribulación se ha acordado de sus hijos que le aman, y ha salvado la Misión horas después del terrible naufragio.

Los incansables misioneros P. Picard, haciendo caso omiso de su edad ya avanzada, P. Grusen y el H. Riviere, han emprendido alegres el regreso á este rincón del Africa, cruzando el Mar Rojo y las posesiones italianas de Erythrea, creyendo que éste era el camino más corto, el que los guiaría más rápidamente al valle de Manokseito, al socorro del rebaño disperso, que reunirán y guiarán á la patria que les abre los brazos, al rededor de la iglesia de Alitiena.

En la actualidad ultimo los preparativos de largo viaje: visitaré Djibuti y la capital de Abisinia: Addis-Abéba.

CHINA

DESPUÉS DE LA PERSECUCIÓN

Las noticias que recibimos de China afirman el término de la persecución, pero distan mucho de ser consoladoras. El miedo á la Europa civilizada, la presencia de los ejércitos aliados han sido para el Celeste Imperio el principio de la prudencia y deseos de paz. Mientras la realidad no nos obligue á cambiar de opinión esperemos que cuando se retiren las tropas, China será fiel á los tratados firmados.

CARTA DEL ILMO. HOFMAN, FRANCISCANO, VICARIO
APOSTÓLICO DE CHAN-SI MERIDIONAL

El día 30 de Mayo del corriente año instaléme de nuevo, después de once años de ausencia forzosa, en mi residencia de Lu-ngan fu. Extraordinaria pompa, comparable casi á entrada triunfal, acompañó mi regreso. Todos los mandarines, grandes y chicos, salieron á recibirme fuera de la ciudad. Llenaba las calles toda la población, que respetuosa ó temerosa abría ancho camino por donde pasaba mi lucido cortejo. Un general y numerosos oficiales á la cabeza de 300 soldados, vinieron, acompañados de dos mandarines, á buscarme en la residencia episcopal del Honan, formaron mi guardia á la que acompañaban los cristianos, felices y orgullosos, avanzando á los alegres sonos de una música y desplegadas al viento numerosas banderas. Nunca Chan-si ha presenciado fiesta parecida.

Y ¿por qué tanto aparato? La vez primera que me invitaron á regresar neguéme á ello, pues juzgué desfavorable la situación. Los mandarines nada habían hecho para lograr que renaciera la calma, y el pueblo alentado por la impunidad se mostraba hostil á nosotros y á nuestras obras. Al enterarse de mi justa ne-

gativa el embajador trabajó con empeño y energía, y el gobernador de la provincia, ante el contundente argumento de la amenaza, puso en juego toda su fuerza y poder para mejorar la situación. Habiendo logrado en breve tiempo entrar, no sólo sin peligro, sino siendo objeto de entusiasta ovación.

Debo vivir y rodearme siempre del ceremonial propio de un virrey chino. A mis órdenes y á las de los Padres tenemos 300 soldados. Original es en la actualidad nuestro apostolado, contrario á nuestra manera de ser, y me apena profundamente. Pero el honor de la Religión lo exige. Fuimos víctimas de tan enormes villanías, de tantas afrentas, injurias é injusticias, que no es posible olvidarlas, que debemos exigir una reparación que, aun cuando diste mucho de ser la debida, sea una prueba del arrepentimiento de nuestros verdugos y perseguidores. Más enojoso que el aparato y la dirección de las tropas que nos rodean es el trato diario con los mandarines, que hoy sin excepción son nuestros mejores amigos. Compensan estas molestias su empeño en resolver á nuestro favor y sin pérdida de tiempo cuantas dificultades imprevistas y á veces de solución difícil se presentan.

Tan múltiples ocupaciones, vida tan agitada, será para mí de corta duración. Es carga excesiva para mi edad avanzada. Ofrecí mi dimisión, y Su Santidad se ha dignado aceptarla. El R. P. Odorico Tuimer será mi sucesor. Es misionero joven y celoso: abrigo la convicción firmísima de que hará mucho bien.

Después de la persecución, de la que no ha sido víctima ni uno solo de nuestros misioneros, la muerte ha causado cuatro bajas á nuestras filas: los PP. Egéde, Norbert, Cassien y Arnold. Rogad por estos valientes guerreros, llamados á gozar del premio de sus trabajos y pedid al Señor nos envíe dignos sucesores.

HUNAN SEPTENTRIONAL (CHINA)

La carta siguiente que desde Han Kaw escribe al P. Víctor González, profesor del colegio de Agustinos de Novelda, su hermano de hábito el P. Lorenzo Alvarez, misionero de Hunan Septentrional, contiene importantes noticias acerca del estado de las Misiones hispano-agustinianas en aquella región. Dice así:

R. P. VÍCTOR GONZÁLEZ.

Han Kaw, 16 de Julio de 1901.

Mi estimado hermano: Le extrañará no poco que le escriba desde fuera de la Misión; y antes de darle tiempo para sospechar cosa más grave, me daré prisa á decirle cómo he venido. Aunque yo estaba muy contento en *Se suei tien*, como había estado algo enfermo durante el invierno, luego que los misioneros, que por obediencia se habían retirado á *Sanghai*, volvieron á entrar en la Misión, me vino á mí orden del Padre Vicario Provincial para que bajase aquí á descansar. Como el objeto de dicha orden era que yo descansase, no me di mucha prisa á venir, y procuré, aunque de paso, visitar casi todas las residencias del Noroeste del lago de *Tong Tin*.

Al P. Mariano le acompañé á la toma de posesión de su residencia de *Tse leang jun*, donde quedó ya solo y

con muy pocos cristianos. Después volví á subir á *Se sui tien*, de donde después de encomendar al Padre Abraham aquella cristiandad, me despedí el día 8 de Mayo.

Bajando para *Se men* pasé por *Mokiagai*, donde había algunos *cuasi-catecúmenos*; mas como me pareció que no querían *entrar por la puerta*, me despedí de ellos quizás para no volverlos á ver.

En *Se men* hallé al P. Francisco Bernardo, de salud bastante bien, gracias á Dios: allí hay varios catecúmenos, y el Sábado Santo ó Domingo de Pascua se habían bautizado dos adultos. Después de descansar allí un día, salí en barca para *Litiheon*, que dista nueve leguas; y como iba siguiendo la corriente en medio día llegué. Estaban entonces en oración el señor Obispo y el P. Victorio, y aunque á ella no asistí, pero sí á la cena, que tomé con buenas ganas, para que vieses que ya estaba sano. Con ellos estuve tres ó cuatro días, y en el de la Ascensión oí predicar en chino al P. Victorio, que era de los últimos que entraron en la Misión. El señor Obispo está ahora bastante bien de salud; el P. Victorio nada más para pasar. En el orden moral el lugar que mejor aspecto presenta de toda nuestra Misión es *Litiheon*: todavía no hace cuatro años que se abrió en aquella región la residencia, y ya cuenta veintitún matrimonios cristianos, casi todos de gente joven.

De la parte material de aquella residencia, *palacio* del Vicario apostólico, ¿qué le diré? Que las habitaciones son todas de tablas, ya podridas de puro viejas, y remendadas por dentro y por fuera con esteras de carrizos. ¡Apenas habrá quien lo quiera creer! Lo que hace de oratorio es un espacioso patio al cual van á dar las puertas de varias habitaciones; y por tanto sólo tiene algún aspecto de oratorio mientras se dicen las Misas; porque después se retiran todos los ornamentos del altar.

Aunque tan pobre es la residencia del señor Obispo, no nos apena tanto como la *Santa Infancia*: para ella tenemos una buena casa china, y puede decirse que relativamente es de materiales fuertes; pero no basta para tanta gente, y tememos que las niñas, después de haberlas salvado una vez de la muerte, perezcan por falta de un local más á propósito. De los recursos con que contamos para seguir sosteniendo la *Santa Infancia*, no es necesario que le hable, pues ya sabe que nuestras niñas viven de las limosnas venidas, por supuesto, de Europa; pero como las cosas por ahí se van poniendo tan graves, quizás pronto no podrá venir nada: no poco cuidado nos causa esto; confiamos, aun así, que Dios, que alimenta los cuervos, no se olvidará de estos angelitos, y moverá los corazones piadosos para que acudan con su óbolo á remediar esta necesidad. Mas entre tanto, y ahora que, gracias á la paz que disfrutamos, era ocasión oportuna, no podemos dar más amplitud á esta y otras obras muy buenas y necesarias que con ellas pensábamos contribuir al bienestar de estas infelices criaturas. ¡Cuán grande es en verdad nuestro sentimiento! Ruegue V. mucho á Dios, é interese á los demás hermanos nuestros á que rueguen al que puede proveer y remediar todas nuestras necesidades, pues *de El es el orbe de la tierra*.

El día de Pascua ó la víspera bautizó el señor Obispo unos veintisiete adultos con algunos párvulos: como ve, allí Dios derrama sus gracias. Bendito sea.

De *Litiheon* pasé á *Kai-Ki-Kiao*, de cuya cristiandad está encargado el P. Diego; y cuando llegué estaba explicando la doctrina á los catecúmenos. Mucha satisfacción sentí allí cuando vi la iglesia que había hecho; estaba muy proporcionada y muy hermosa. No es muy grande, porque las chapecas no daban para tanto, pero supo aprovecharlas tan bien que á mí me admira que haya hecho tan bella obra y á tan poca costa.

De *Kai-Ki-Kiao* salí para *Hong gan*, ciudad de Hupe. El mandarín de aquella ciudad se portó muy bien conmigo. ¡Qué contraste forman ahora los mandarines chinos desviviéndose por protegernos, y los gobernadores y magistrados de la Europa latina persiguiendo sin entrañas y con diabólica astucia á los pobres Religiosos y clérigos! Y lo más admirable es que esto lo hacen los chinos obligados por los mismos que persiguen ahí con tanto furor á la Religión. Si Dios se lo permite, pronto se entenderán, y entonces también empezará en este país la persecución contra los católicos solamente.

De *Hong gan* salí para *Lasé* en una barca buscada y ajustada por encargo del mandarín. En esta población, que tiene iglesia católica, encontré varios misioneros que habían venido á visitar al señor Obispo de Hupe Meridional, que estaba allí de paso. Estuve con aquellos Padres dos días muy bien atendido; son casi todos belgas y algunos chinos; el vicario del señor Obispo, que es el más anciano de todos, reside en *Sasé*.

Al cabo de estos días salí para *Yo tcheon*, residencia del Padre Vicario Provincial nuestro. Hice este viaje en un vapor inglés, que me costó muy caro, porque después de estar á bordo no me permitieron ir en segunda, sino en primera, porque creían deshonra para ellos que los europeos viajasen en segunda. Cuando llegué á *Yo tcheon* estaba el Padre Vicario Provincial predicando: tiene una admirable facilidad de palabra, y juzgo que posee mejor la lengua francesa que la china, y entiende además el inglés. Estuve con él dos días, después del de Pentecostés en que llegué. Salí para *Ya lan*, sin detenerme más en *Yo tcheon*, porque el Padre Vicario estaba muy ocupado con dos fundaciones nuevas, y como no tenía más que un altar que llevaba consigo, me veía en la precisión de no poder celebrar si quisiera continuar allí por más tiempo. Las nuevas residencias que está preparando ahora el Padre Vicario ayudado de algunos catecúmenos distan de *Yo tcheon* dos ó tres días de viaje; se hallan situadas al Norte del lago, siguiendo la costa.

Me dirigí á *Ya lan* en una barca china, y merced á la corriente del río atravesé la distancia de ocho ó nueve leguas en pocas horas. Encontré en *Ya lan* á los PP. Celedonio, Martín y Lázaro Ramírez con buena salud, y ocupados en instruir á los catecúmenos. Apenas hube llegado cuando me sentí con unos vahidos de cabeza, que no pude celebrar por cinco días. Luego que hube mejorado un poco salí para *Nie Kia se*, haciendo un viaje de cuatro leguas y media, que me parecieron muy largas por hacerlas á pie, estando aún algo débil.



ALTO TONKIN.—CASA FLOTANTE.—Reproducción de fotografía remitida por el P. Girod, de la Sociedad de las Misiones Extranjeras de París. (Pág. 226)

Es la población de *Nie Kia se* de muchísimo comercio de té; en ella está ahora de misionero el P. Agustín, que fué el fundador de aquella Misión y residencia. Con él estuve algunos días, y después salí para *Sa tau*, que también fué fundada por el mismo P. Agustín. Estas dos residencias distan entre sí cerca de nueve leguas; hice el viaje á caballo, cogiendo bien de sorpresa al P. José, á quien apenas conocía ya y ni él á mí. ¡Tanto nos ha desfigurado el afeitarnos parte de la cabeza y dejarnos crecer la barba. En estas dos Misiones de *Nie Kia se* y *Sa tau* hay todavía pocos cristianos bautizados, pero muchos catecúmenos. Con el P. José estuve quince días, pues me cogió allí un terrible temporal de aguas, siendo tales las inundaciones que han causado no poco daño á los arrozales.

El viaje de vuelta á *Nie Kia se* lo hice á pie, no siempre enjuto, debido á que la crecida de los ríos no había dejado un puente sin que le tocase algún destrozo: aun tuve otro contratiempo, y fué, que como las lluvias habían barrido el polvo del camino, mas no las piedrecillas, las suelas de los zapatos no duraron tanto como el viaje, que por este motivo fué un poco más penoso. Una vez vuelto á *Nie Kia se* me repitieron los vahidos, motivo por el cual el P. Agustín me instaba mucho para que bajase á *Han Kaw* á fin de que me visitase algún médico europeo; y como el Padre Vicario me había, cuando estuve con él en *Siteheon*, dejado en libertad de bajar si quería, me decidí á bajar, é hice en cinco días el viaje en barca china, muy bien tratado de los barqueros paganos, á quienes de buena gana hubiese pagado sus servicios no sólo en chapecas, como lo hice, sino con otra moneda mejor y muchísimo más digna de aprecio; pero, aunque no les desagradó la propuesta, no tuvieron á bien aceptarla por entonces. Dios les ayude y prevenga con su gracia.

En *Han Kaw* encontré á los PP. José Pons, procu-

rador, Anacleto, Juvencio Hospital y Emilio Fernández. El P. Anacleto se retrasó un poco en ir á la Misión para cuidar de su delicada salud; pero ya está bien. Los PP. Juvencio y Emilio llegaron aquí hace dos meses y progresan bastante en el estudio del idioma.

Ocho días han transcurrido desde que empecé á escribir esta carta, y no me di más prisa á concluirla y mandársela, por dos motivos: primero, por haberme repetido los vahidos de cabeza y acometerme además una pequeña calentura; lo segundo por lo cual me retrasé á enviarla, fué porque á este espantoso río, que aun en tiempos normales llega en algunos puntos á formar horizonte, le dió por crecer tanto desde que llegué aquí, que me hizo sospechar daría origen á otro de lágrimas. Y así ha sido por desgracia; se cuentan inundaciones espantosas: millones de chinos han quedado sin vivienda, y muchos miles se han ahogado. Desgracias que han alcanzado á nuestros hermanos misioneros y á nuestras residencias; pues la de *Sang te fu* fué arrasada por las aguas, salvándose el P. Benito, quien con el agua á la rodilla tuvo que recorrer dos leguas para ponerse en lugar seguro. La residencia de *Ya lan*, que tenía para su sostenimiento algunos terrenos, tampoco tiene que esperar ya nada de ellos. De *Saetheon*, que también contaba con bastantes terrenos, no ha llegado aún noticia alguna triste. El río sigue creciendo, pero las lluvias ya cesaron. Aquí ha subido el agua cuarenta y seis piés próximamente, y baña ya el paseo de la Concesión inglesa, cuando el viento ó los vapores que pasan por el río, la mueven algo.

No le quiero molestar ya más. Aquí en *Han Kaw*, que hay médico europeo, me he presentado á él: me registró minuciosamente y no pudo conocer la causa de mis vahidos, pues dice que estoy muy sano; por tanto creo serán efecto de los calores, que aquí en *Han Kaw* son terribles. En fin, Dios lo remediará si conviene.

Salude efectuosamente á todos esos Padres, y sepa lo mucho que le ama en el Señor este su hermano en Religión, que se encomienda á sus oraciones,

FR. LORENZO ALVAREZ.

ERNÁCULAM (MISIÓN DE VERÁPOLY-ASIA)

El R. P. Fr. Juan Vicente, misionero carmelita, escribe desde Ernáculam la siguiente conmovedora carta, que muestra la excelente disposición de aquellos pueblos prontos á abrazar la fe católica.

Con gusto especial me pongo al habla con los caros lectores, hoy que puedo narrarles los primeros resultados de mi vida de misionero. Tanto más, cuanto un buen principio en cualquiera empresa constituye el mejor augurio, el más eficaz acicate, el aliciente más poderoso de cuantos en ella se hallan empeñados, á la vez que es la satisfacción más dulce y halagüeña, que comunica alientos al infundir esperanzas de un feliz porvenir.

Empeñados considero, y lo están realmente en nuestra apostólica empresa, todos aquellos corazones que en la misma toman parte activa de un modo ú otro. Entre todos formamos una combinada acción que, tendiendo á un mismo objeto, nos autoriza á tenerlo por propio de cada uno y como propia su consecución, en razón del mayor ó menor concurso y eficacia con que á su realización hayamos contribuido.

Por ellos y por nosotros estamos en el deber de comunicar noticias de la Misión.

¡Cuán grato, por tanto, no será para mí anunciar á nuestros queridos amigos, cómo ya el día 7 de este mes, consagrado á nuestra excelsa Madre del Carmelo, tuvo éste su pobre capellán la felicidad suma de regenerar con el agua del Bautismo á ochenta y tres infieles, alistando á otros tantos esclavos de Satanás en el número de hijos de Dios y de la Iglesia, desatándolos de las cadenas del infierno para hacerlos herederos del cielo! ¿Qué dicha hay en la tierra comparable con esta dicha?

¡Oh! El ganar para Dios un alma, dice nuestra Santa Madre, es el obsequio más grato á Su Divina Majestad. ¿Qué será, según esta cuenta, el ganar diez almas? Y ¿qué si se conquistan veinte? ¡Cuánto más si cuarenta!... ¡cincuenta!... ¡sesenta!... ¡setenta!... ¡ochenta!... ¡Y más!... ¡Y más!... ¡Y todo esto EN UN SOLO DÍA!

¿No es éste un motivo de gozo? ¿No lo es de alabanzas á Dios? ¿No lo es de acciones de gracias á nuestros cooperadores? ¡Sean dadas y repetidas, ahora y siempre, rendidas y fervientes, á Dios y á los hombres, á todos y cada uno.

En el citado día cumplían cabalmente siete meses (7 de Diciembre-7 de Julio) desde que hube pisado en Bombay la tierra indiana. Ocupado en el aprendizaje de la lengua inglesa, todavía desconozco el malayalam, hasta el punto de que no podría hoy comprometerme á recitar veinte palabras de este idioma. Dentro de ocho días habré de empezar formalmente á estudiarlo.

¿Qué cómo me las arreglo? Pues, sencillamente, mo-

lestando á sacerdotes y legos conocedores del latín ó inglés, que siquiera chapurreado puedo hablar algo; y cuando esto no, por señas, lenguaje á que nos acostumbramos en el santo noviciado, y ahora veo que me aprovecha para darme á entender á indios. ¿Quién lo había de pensar?

De donde se ve cuán poco ó nada ha podido ser mi concurso á la obra de las conversiones de que he hablado. Y se ve también y se palpa, cuán abundante cosecha se recogería por estos pueblos si algunos obreros más tuviéramos.

Porque han de saber los lectores, que el bautizo del 7 fué un empezar. Nueve días después fué la gran fiesta de nuestra Santísima Madre del Carmelo. Y ¿saben ustedes cómo la solemnizó este su afortunado hijo? Pues bautizando en el propio Cottayam á otros treinta y cuatro nuevos cristianos. Figúrense si estaría yo satisfecho. Más que escuchando armoniosas orquestas; más que oyendo magníficos sermones; más que asistiendo á lucidas procesiones; más, mucho más contento me hallaba y más ufano de mi obsequio á mi Madre, que en medio de las mayores solemnidades de nuestra patria. Cada cosa en su lugar es buena, y la grandiosidad de esos cultos excelente; pero, vamos, el ofrecer á Dios y á la Virgen treinta y cuatro nuevos hijos, que unidos á los ochenta y tres, forman una conquista de ciento diecisiete almas del Paganismo, en solos diez días, esto es excelentísimo, buenísimo y muy digno de merecer más operarios y de atraer más misioneros.

Porque ¡ésta es la pena! ¡Atiendan esto quienes puedan remediarlo! Apenas había yo empezado á gustar, con tan felices augurios, de las sabrosas primicias de mi obra en Cottayam, y me hallaba con las manos en la masa, lleno de afanes, proyectos y esperanzas; al tiempo que acababa de sellar tantas conversiones el 7 y el 16; cuando el 17 hube de mandar á tres catequistas á otros tantos parajes para organizar nuevos grupos de catecúmenos; cuando esperaba comprar un lugarcito el día 18, para abrir un nuevo campo de conversiones; cuando me gozaba en ver venir tantos infieles hacia el bautismo y estaba embebido en recibirlos, esperando el momento de regenerarlos para el cielo..., he aquí que sorprende un telegrama del señor Arzobispo, que me dice: «Venga inmediatamente á Ernáculam.»

Conjeturé el alcance de tal orden: sentía mucho dejar á tal sazón Cottayam; me dolió como nunca tanta escasez de misioneros; pero, antes que todo, la obediencia. Vine á Ernáculam, y aquí me estoy todavía, y aquí he de residir en adelante, y no he vuelto á aquel precioso distrito, del cual, sin embargo, todavía llevo cuidado: ¿cómo podré cuidar y promover y organizar y dirigir bien la obra de conversiones á trece ó catorce leguas de distancia, ligado por añadidura con un nuevo cargo, que aunque otros no tuviera, me absorbería todo el tiempo?

Allí sigue en marcha el movimiento de conversiones. Me escribe el vicario que el día 25 fueron bautizados trece, y que los restantes hasta el número de noventa, que eran los catecúmenos, estarán preparados para cuando yo vaya, que será mañana ó pasado, cabiéndome otra vez la dicha de sacar de la muerte de la infidelidad á la vida de la gracia á unos setenta y siete, el

día 4 del entrante, fiesta del gran Santo español Domingo de Guzmán.

Pero ¿quién estará allí para continuar sin levantar mano atendiendo á aquella obra de Dios? Para todo el vasto distrito hay allí *tres* sacerdotes indígenas; ellos harán lo que puedan; pero pueden poco por escasez de número, y más aún por falta de energías y ascendiente. Allí se necesita el misionero. ¿Y no se mueve nadie á pretender la suerte de ganar tantas y tantas almas?

Ahora se ve muy claro que, con ser los misioneros *Conventuales* un inmenso bien, como tengo dicho, no nos bastan. Es más: lo urgente, lo necesario, lo que pedimos sin cesar al Señor, y fuera menester que nos escuchen también los hombres, es que vengan igualmente misioneros *Apostólicos*.

Hay campos dilatados, lo mismo en Quilón que en Verápoly, pueblos innumerables donde misionero alguno ha puesto pie todavía; regiones desconocidas que sólo esperan á recibir la semilla para hacerla fructificar. ¿Dónde están los sembradores? Los brazos del convento no alcanzan á distancias; son menester además cultivadores extraclaustrales; tanto, que aquéllos sin éstos apenas significan nada en la Misión. Vengan misioneros apostólicos que, diseminados acá y acullá, vivan en los pueblos y acudan á las diferentes regiones que hoy yacen casi, ó sin casi, abandonadas. De lo contrario, ¿qué será de estas pobres gentes? Seguirán pereciendo como hasta aquí. Pero ¿es esto tolerable cuando tan dispuestas están á convertirse? Y ¿será posible que haya una sola mano que no ambicione el salvarlas?

Acaeciome el día 8, inmediato al del solemne primer bautizo, presentárame un hombre de á cuatro leguas de distancia, pidiéndome fuésemos á aquel su paraje, porque había allí dos mil infieles dispuestos á abrazar el Catolicismo. Demos que hubiera exageración en cuanto al número; supongamos que en vez de dos mil, fueran si se quiere doscientos, fueran sólo veinte. ¿No sería más que bastante para empezar? ¿No podría fijarse allí un misionero y tratar de que los veinte subieran á doscientos, y éstos á dos mil y así adelante? ¿No valdría por lo menos la pena de tantear el terreno?

Pues ni eso. Con gran dolor de mi alma tuve que contestarle que, siendo tan poquitos sacerdotes, nos era de todo punto imposible atender á nuevos parajes, cuando éramos apenas capaces de mantener la obra evangélica en los puntos ya empezados y más próximos que el suyo. El buen hombre instaba; pero... ¡imposible! ¡No somos número! ¡Oh, si se nos vinieran aquí unos ocho buenos misioneros apostólicos ó extraconventuales ó de la Propaganda Fide, ó como se nos quiera denominar!

Temo que la pluma, sin sentirlo, se me deslice demasiado en esta materia, abusando de mis caros lectores.

Como se ve, mi residencia es en esta localidad ó ciudad de Ernáculam, á donde he sido trasladado para ocupar el hueco dejado por un Padre misionero que ha tenido que volver á Europa por falta de salud. La mía, gracias á Dios, es, no sé si decir demasiado buena; como que desde que estoy en la India, y contra lo que yo me figuraba y me acaecía en España, no he sufrido un

dolor de cabeza, ni tenido una tos, ni padecido un constipado, ni sentido apenas asomo de mal alguno; y eso que no me he recatado de lluvias, vientos ni soles. Maravillas del arroz.

DIEZ AÑOS EN EL ALTO TONKIN

POR EL P. GIROD, DE LA SOCIEDAD DE MISIONES EXTRANJERAS DE PARÍS

V.—LA TUMBA DE UN OFICIAL EN HUNG HOA.—DE BAUNO AL SONG-CHAY EN JUNCO.—ALTO EN CASA DE CRISTIANOS Y EN LA DE UN PREFECTO.—PERRO CÉLEBRE.—VAN-RU: EL TIGRE: Á ORILLAS DEL SONG-CHAY.—SITUACIÓN AFLICTIVA DE UN JEFE DE CANTÓN.

Esperando la llegada de los hombres de la parroquia del Song-Chay que debían venir á buscarnos, aprovechamos el tiempo llegándonos á saludar á nuestros antiguos amigos los spahis de Thanh-Mai.

En el pueblo encontramos al lugarteniente de los cazadores annamitas M. de F. J., venido al Tonkín para visitar la tumba de un primo suyo, muerto hacía pocos meses. Cumplidos los piadosos deseos de la familia del muerto, misioneros y oficiales se despidieron en el cementerio de Hung-Hoa, y bendije la tumba de Carlos-Maria-Aurelio-Pedro, conde de Biencourt-Pontrincourt, sub-lugarteniente de los tiradores tonkinos, muerto en Hung-Hoa el 22 de Junio de 1886 á los 22 años de edad. *Melius est mori in bello quam videre mala sue gentis!* Heroico epitafio entresacado del Libro de los Macabeos por un padre sin consuelo, pero orgulloso de sus hijos.

Embarcamos para el Song-Chay y remontamos la corriente tranquila del río Claro, desde Viet-tri hasta Phu-Doan. En junco el viaje dura trece días.

Hicimos el primer alto en Fe-San, ciudad importante, donde nos cupo la suerte de encontrar perdida entre los budhistas una familia cristiana, verdaderamente patriarcal, formada por cuatro generaciones. Estos heroicos servidores de Cristo que gozan de posición relativamente buena, sin ser ni usureros ni ladrones, nos recibieron como en otros tiempos Abrahán á los Angeles caminantes. Después de lavarnos los piés, costumbre tradicional en Oriente, nos sirvieron el té.

El día siguiente nos levantamos á las tres de la madrugada, y celebrada la Santa Misa nos despedimos, deseando la paz del Señor á aquella hospitalaria familia del Tam-Tam, que no nos dejó marchar sin aprovisionarnos abundantemente para el resto del viaje. No debíamos, pues, preocuparnos por cuestión de víveres: pero ¡cuánta y cuántísima paciencia es necesaria para viajar en junco tirado de una cuerda por tres ó cuatro hombres, que con paso calmoso van avanzando por la orilla del río! Para desentumecer las piernas saltamos á tierra, y admirando las pintorescas orillas, deseábamos encontrar alguna pieza de caza para conocer los talentos de *Fidaut*, hermoso perrito, regalo de los oficiales de Thanh-Mai.

¿Añadiré que esta hermosa bestia fué popular en la región del Alto Tonkín? Todos la acariciaban, y centenares y centenares de niños empezaron sus estudios de francés gritando: *Filu, Filu*, á este pobre *Fidant*, que siempre alegre, respetado ó perdonado por los dientes de los tigres y las balas de los piratas, compartió repetidas veces el plato de sopa con los legionarios, y fué durante siete años mi inseparable compañero de viaje.

El décimo día de viaje al anochecer llegamos al pueblo de Sang-Chanh, y pues no conocíamos á nadie nos preparamos á dormir como en soberbio lecho de colcho-

mos á Phu-Doan, avanzada de las tropas francesas, entre el afluente Song-Chay y el río Claro.

El capitán D..., jefe del destacamento, fué el primer oficial francés á quien estreché la mano desde mi llegada al Hanoi en 1879. A pesar de la satisfacción que nos hubiera causado el aceptar su espontánea y cordial invitación, debimos proseguir el camino hasta llegar á Van-Ru, donde el siguiente día debíamos celebrar solemnemente la fiesta de San Francisco Javier.

Llegamos á la parroquia del Song-Chay, la más al Norte del Tonkín Occidental, víctima hace largos años de no interrumpida serie de calamidades, que la hacen



JAPON.—PUERTA LLAMADA SAKASHITA, QUE CONDUCE AL PANTEÓN DE IYEFASU.—Reproducción de fotografía remitida por el P. Ribaud, de las Misiones Extranjeras de París. (Pág. 230)

nes de plumas, sobre las duras maderas del pobre junco.

Pero personajes como nosotros no pueden viajar de incógnito. Un apuesto é inteligente doncel, hijo del mandarín, nos ofrece albergue en el castillo de sus antepasados. Ausente el padre, ocupado en la capital de la provincia despachando negocios civiles y militares, el joven presunto heredero nos hizo con gracia suma los honores de la casa. La castellana de este castillo, vieja dama amarilla de dientes negros como el ébano, al vernos limitóse á volvernó la espalda y marcharse, tomando la precaución de llevarse la pipa y la petaca. La tal *mandarina* no era tan *dulce* como pudiera hacerlo creer su figurita: aprovechando las ausencias de su esposo, subastaba la justicia y los cargos de la prefectura, prestaba dinero á interés usurario, acaparaba el arroz, y en fin se divertía fastidiando á los pobres.

Misioneros del Dios verdadero, antes de entregarnos al sueño en el palacio del rico avariento, pedimos al cielo la conversión de estos desventurados paganos esclavos de Satanás.

Al siguiente día aun dormía el sol, y nosotros ya proseguíamos la calmosa marcha. Al medio día llega-

digna de compasión. Los cristianos reciben á los misioneros como enviados de Dios: viendo á estas buenas gentes postrarse ante nosotros, sentimos en el fondo del alma la verdad de aquellas palabras del Señor: «El que dejó á su padre, á su madre, á sus hermanos y hermanas por Mí y por mi Evangelio, los hallará centuplicados.»

No me avergüenzo de escribir que la poesía de los bosques vírgenes jamás ha hecho latir de entusiasmo mi corazón. Magníficos son los bosques, las montañas, los ríos del Alto Tonkín, pero todos juntos no valen lo que los añorados de mi patria querida.

Lejos de la tierra que me vió nacer, la naturaleza, diré copiando la frase del autor del *Genio del Cristianismo*, me parece pálida sombra de la que perdí... y si lo dudas, lector amigo, baja la cabeza, abre los ojos y admira las frescas huellas, prueba evidente de que alrededor de la iglesia y de la casa que habitamos en Van-Ru se ha paseado tranquilamente el tigre, rey de estos bosques.

Y ya que el nombre de la fiera terrible ha caído de mi pluma (que jamás caigamos bajo sus garras) oportuno será añadir que nos hallamos en el país del tigre. Hombres dignos de fe afirman que hace veinticinco años la estadística oficial de la prefectura de Phu-Doan, dió la cifra de 500 personas devoradas por los tigres en el término de un año, año terrible al que aun hoy llaman el año de la invasión de los tigres. En Han-Da, cabeza de la parroquia, repetidas veces y en pleno día han visto rondar tres ó cuatro ó más tigres por las cercanías del pueblo: tales fieras, á las que los pobres budhistas suelen considerar como divinidades vengadoras, exigen la contribución de sangre. Las víctimas pecaron contra el cielo.

En 1895 me hallaba en Yen-Bao, y un legionario que daba guardia al castillo, fué apresado y despedazado por un tigre. Durante largo tiempo, en cuanto empezaba la noche era imposible salir á la calle sin empuñar un revólver y alumbrarse con potente farol. Una noche regresaba del castillo, y pregunté á mi compañero, joven asistente de un oficial, si temía ser víctima del tigre.

—No, contestó, hasta ahora nunca pequé contra el cielo.

¡Ay! No son los criminales los únicos que mueren bajo las garras del tigre feroz, ¡cuán numerosa sería la lista de gentes honradas, fieles cumplidoras de sus deberes, que he visto sucumbir víctimas de tan horrible suerte!

Elijo entre muchos el siguiente caso, que basta para causar profunda impresión. Una mujer católica pidióme rezara una Misa para el eterno descanso del alma de su madre. Viendo que derramaba abundantes lágrimas procuré consolarla diciéndole entre otras cosas que á su edad avanzada era muy natural ser huérfana.

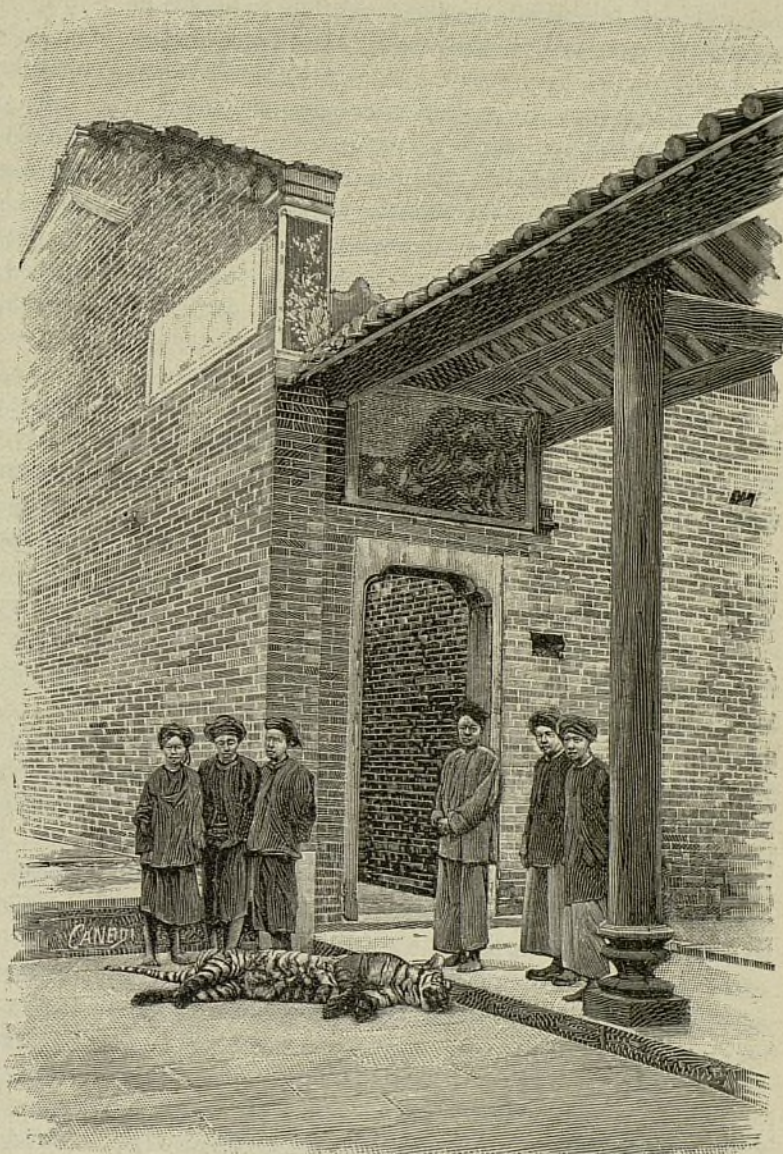
—Es verdad, contestó, pero lloro y tiemblo cada vez que recuerdo la horrible muerte de mi pobre madre.

Calmada su emoción, aquella mujer me explicó que una tarde estaban su madre y ella sentadas en pequeño mirador de bambú, levantado en un campo de maíz para proteger la cosecha contra los no santos deseos de ciervos y jabalíes, cuando en el preciso instante en que hacían la señal de la cruz para dar principio á la oración, el tigre cayó sobre ellas, y rápido más que el relámpago arrebató á la madre, dejando á la hija perdido el sentido, muerta de terror...

Y basta ya, que no quiero molestar á las almas sensibles y nerviosas. Para consolarlas añadiré, que durante diez años de incesante viajar en días de sol ó de tempestad y en noches serenas ó de negras nubes, jamás he visto la cara de un tigre en libertad. Sin embargo, repetidas veces he pasado muy cerca de tan te-

mible señor: el perro y el caballo me anunciaban su presencia emprendiendo vertiginosa marcha, á galope tendido, temblando sus miembros todos. Una tarde estaba confesando, y el tigre golpeaba la puerta del templo. Si la Providencia no velara sobre la especie humana, dentro breve tiempo el tigre real hubiera despoblado este país.

Recordando las hazañas del tigre, y puesta en Dios



ALTO TONKIN.—TIGRE REAL MUERTO POR LOS INDÍGENAS

Reproducción de fotografía remitida por el P. Ribaud

nuestra confianza, proseguimos tranquilos visitando una tras otra las cristiandades todas: Van-Ru, Trai-Co, Thuat Co, Han-Da, Cat-Lem, Lang-Bac y Dong-Cho, vecina ésta de Phu-Yen Binh. Hermosa excursión de verano á orillas de río tranquilo y claro, que avanza incansable describiendo mil elegantes curvas á lo largo de estrecho valle, cuyos árboles gigantes lo cobijan y casi lo visten con sus largas ramas que florecen eternamente.

No lejos del pueblo de Lang-Bac se encuentran las primeras cascadas del Son-Chay, pequeñas, tranquilas

si las comparamos á las de Tívoli ó del Niágara, pero que escondidas entre bosques tres veces seculares, interrumpiendo con su rugido feroz la calma soberana en que descansa la naturaleza virgen, forman imponente cuadro no exento de grandeza. Sentado sobre una roca, á la orilla del río, á la sombra de los viejos árboles de la pagoda de Phuc-Le, el viajero siente extraña melancolía mirando la ola azul que corre, choca y se deshace en polvo acuoso al cruzar entre los centenares de rocas ordenadas en largas hileras cual soldados en orden de batalla. En vano levantan las rocas sus cabezas negras, la blanca espuma las acaricia y las cubre: la ola vencedora se precipita, estrujándose temblando de cólera al sentirse oprimida, por entre las dos rocas cortadas á pico que forman el Thac-Ba (los peñascos de la dama), sirena cruel que canta con tentador acento, y á la que en vano los viajeros le ofrecen presentes para que les sea benévola. Salvado de las garras del Thac-Ba, puede con facilidad y sin temor echarse en brazos del Thac-Ong (los peñascos del señor).

Necesitaba aprovechar el tiempo para mientras el P. Robert se hallaba en Cot-Lem, poder llegarme hasta Dong-Cho antes de anocheecer.

En este pueblo me albergó un jefe de cantón llamado Chanh-Thao, hombre influyente y hábil, obligado á servir á dos señores.

Hoy los piratas chinos caen de súbito sobre Dong-Cho, roban mujeres y niños, búfalos y arroz, y dirigen al jefe terribles amenazas si no los respeta. Mañana llega un oficial francés que al frente de un destacamento persigue á los piratas, y enojado al ver que llegó tarde como vulgar carabinero, llena de amenazas é improprios al jefe del cantón que pagó el impuesto á los piratas. Durante muchos años el desventurado Chanh-Thao fué contemporizando y viviendo, gritando hoy: «¡Viva el rey!» mañana: «¡Viva la república!» Al final murió asesinado junto con toda su familia, excepción hecha de su esposa, que guardaron para ver si lograban un buen rescate.

El 1 de Enero de 1887 me hallaba en Dong-Cho: pastor que busca ovejas descarriadas. Desde este pueblo envié las felicitaciones de año nuevo á todos los parientes y amigos de la ciudad ó del campo, del Tonkín ó del extranjero. Pobre como ratón de iglesia, tenía apenas medio vaso de vino para hacer celebrar el principio de año á mi numerosa y honorable compañía.

En cambio y para aplacar la sed aquel mismo día bebí agua por todo mi cuerpo, al pasar el salto de Thac-Ba, en castigo de haber querido echármelas de valiente, permaneciendo en pie sobre la cubierta del junco.

Recibí una desagradable ducha de agua fría, y por la tarde el P. Robert, á quien hallé en Han-Da, me consoló con cordial apretón de manos, pues era lo único que podía ofrecerme. Encendimos la pipa y hablamos recordando el último y primer día de año en nuestra patria lejana.

VI.—DÍAS DE RETIRO EN KE-SO.—GOLPE DE MANO CLERICAL; ES LIBERTADO EL P. TUYEN.—EL DE KIEN.—SITUACIÓN POLÍTICA DEL PAÍS.—SEAMOS DISCRETOS.—EL P. BAC Y SU SOCIO.

El 2 de Enero acabó nuestro viaje por el Song-Chay; emprendimos el descenso en embarcación que bien podía llamarse casa flotante (*véase el grabado de la página 221*): siéndonos favorable el viento nos llevaría hasta Son-Tay, de donde á pie nos dirigiríamos á Ke-So para asistir al retiro anual.

En la ambulancia de Phu-Doan un joven soldado moribundo tuvo el consuelo de recibir de mis manos la Extremaunción. En Son Tay permanecemos algunos días celebrando la fiesta de la Epifanía en la residencia de los PP. Richard y Machet, y el 8 al anocheecer llegamos á Ke-So.

Ocho días de ejercicios dirigidos paternalmente por el Ilmo. Puginier, en compañía de excelentes hermanos en Religión. Largas horas de encantadora soledad que deja en el alma recuerdos muy gratos y vagos y dulces, recuerdos que elevan, que hablan del cielo: piadosos ejercicios en la capilla, pasear rosario en mano por las calles del cementerio, donde descansan tantos servidores incansables del Dios que premia el trabajo. (*Véase el grabado de la pág. 229*). ¡Qué alientos, que valor dan al errante misionero esos días de santo retiro!... *Miserere mei, Deus... Redde mihi letitiam salutaris tui et spiritu principali confirma me.*

Hecha la inspección general, el rebaño apostólico vuelve al trabajo con nuevo ardor. Esta vez el P. Robert ha recibido orden de emprender camino opuesto al mío. Parto solo; solo debo remontar el Xu-Doai. Hermoso, agradable materialmente lo es muy poco, pero ¡adelante! *Ad maiorem Dei gloriam!*

Son-Tay es hace años mi puesto, mi lugar de descanso: á él acudiré otros muchos años para repararme física y moralmente.

Durante la Cuaresma de 1887 di ejercicios en la Misión de Chieu-Ung, importante cristiandad de la parroquia de Yen-Tap, cuyos fieles, valientes y devotos, morirían todos antes que permitir que el misionero cayera en manos de piratas. Saben jugar el bastón, la lanza, sable y fusil, artes utilísimas en esta parte del Alto Tonkín, que se halla en perpetua revuelta.

En vez de dejarme coger ocurrióseme que era conveniente intentar algo para libertar al P. Tuyen, el párroco de Du-Bo, que llevaba siete meses de gemir preso en poder de Ton-Rat, el jefe rebelde de la región de Ha-Hoa.

Sabíamos que este sacerdote indígena vivía, pues periódicamente sus carceleros enviaban á la parroquia cartas oficiales dando cuenta del estado de miseria y de la escasa salud del misionero. Necesitaba medicinas, vestidos, víveres, y cansados de custodiarle sus verdugos le amenazaban de muerte. ¡Las mujeres y las niñas de la parroquia hilarían largos meses antes de, con su trabajo, poder reunir el fuerte rescate exigido!

Afortunadamente los hombres de Chieu-Ung tienen

excelente corazón y el valioso apoyo de músculos de hierro. Estos hombres, acompañados y completados con buenas herramientas, eran la moneda con que resolvieron pagar el rescate del cura de la parroquia vecina.

Además el Ilmo. Puginier me encareció en gran manera que no diese ni un céntimo á los piratas. Era sentar un precedente cuya primera víctima hubiera sido el mismo que estas líneas escribe.

Gracias al talento y celo del P. Uan, párroco de Yen-Dap, la empresa tuvo feliz desenlace. Algunas *piastras* pusieron en movimiento la lengua de un pirata, que descontento de la parte que le asignaron al repartir el botín, deseaba abandonar á sus compañeros, mudar de *oficio*.

Tomadas cuantas disposiciones previas creyéronse conveniente para el buen éxito del plan concebido, visité al capitán L..., jefe del Van-Ban, para darle noticia de nuestros planes.

Este valiente soldado los aprobó, y entregóme una bandera para que los nuestros la desplegaran después de la victoria, á fin de evitar que alguna de las avanzadas francesas nos tiroteasen. La prudencia me movió á pedir esta autorización, temiendo que el día siguiente al del ataque los piratas no visitaran con gran cortesía al *Quan Luyen*, y después de ofrecerle valiosos presentes, acusaran á los católicos de rebelión. Hombre prevenido...

La noche del 16 al 17 de Marzo de 1887, fiando en la protección de San José, á quien encomendábamos nuestra empresa desde los primeros del mes, cincuenta valientes mocetones de Chieu-Ung, á los que se sumaron algunos paganos, hombres de buena voluntad, se reunieron, y marcharon sin tambor ni cornetas.

A pesar de la lluvia torrencial que retrasó la marcha, y que poco faltó para que comprometiera el éxito de la expedición, al amanecer del siguiente día los nuestros cayeron de improviso sobre la casa donde el infortunado P. Tuyen, la *canga* al cuello, estaba en actitud triste sumido al parecer en profunda meditación, guardado por varios bandidos. En un abrir y cerrar de ojos cayeron las puertas, y el prisionero fué libertado de ataduras y *canga*, puesto en un palanquín y transportado á paso de carga antes que acertara á darse cuenta de quienes eran sus salvadores, temiendo haber escapado de las garras del oso para caer en las del tigre. El sol lucía con todo su esplendor. El *tam-tam* de los piratas tocó generala, y en brevísimo tiempo, menos que el acostumbrado, se movilizó toda la fuerza. ¿Cómo era posible que la audacia de los cristianos haya llegado al extremo de arrebatárles aquel cura, cuya prisión hacía ocho meses les proporcionaba pingües rentas?... Llegaron tarde... El P. Tuyen había sido felicísimamente libertado y devuelto á sus feligreses.

La Cuaresma nos impidió celebrar como se merecía tan fausto acontecimiento. En cambio la parroquia celebró con solemnidad mayor que los otros años la fiesta de San José.

Sufrimientos y privaciones habían quebrantado la salud del P. Tuyen, hasta el punto que inspiraba serios cuidados: el Ilmo. Puginier lo destinó á una parroquia

más pacífica del Delta, y continué la obra comenzada en compañía del P. Beaumont, de la diócesis de Bayeux, refuerzo que venía á ayudarme á levantar de las ruinas la desventurada parroquia de Du-Bo. Nos acompañaba un sacerdote indígena, el P. In, vicario de Yen-Tap.

La situación era moral y materialmente mala. Por aquel entonces (1887) los pueblos de la región de Cam-Khe, á pesar de los numerosos destacamentos franceses, gemían víctimas del despotismo de De-Kieu, lugarteniente de Bo-Giap, y sucesor de este elegido por el rey Ham-Nghi.

Joven é inteligente, este jefe del cantón de Cat-Tru no era un ladrón vulgar, sino que pasaba por ser muy superior á sus colegas. Las poblaciones saqueadas por soldados indisciplinados hallaban en él un vengador justiciero: pero cuando se trataba de los intereses del rey, del rey destronado por los franceses, el De-Kien obraba con energía rayana en crueldad... y ¡cuantas veces el pretexto de guardar la fidelidad real sirvió para satisfacer su ambición y sed de venganza!

A las órdenes de De Kien luchaban *Quyen Ao* y *Tan Rat*, ambos viejos, pero sostenidos por hijos que gozaban de reputación, justa por cierto, de ser peores que sus padres. En 1890 el célebre Doc-Ngu púsose á la cabeza de los rebeldes.

En todos los pueblos había dos alcaldes: uno efectivo que cobraba el impuesto en representación de los piratas; otro hombre de paja, que servía á la Autoridad francesa, haciéndole traición de la mañana á la noche.

Por lo que se refiere á las cristiandades importantes, como por ejemplo Yen-Tap, Ta-Xa, Du Bo, Ngo-Xa y Chieu-Ung, este célebre jefe, que á la vez era hábil político, viendo que el no molestarlas redundaba en beneficio suyo, les dejaba en paz, limitándose á exigir de vez en cuando un determinado número de hombres para engrosar sus filas. Entonces ¡ay de los prófugos!

Lo cierto es y así lo había manifestado repetidas veces á los oficiales jefes de destacamentos, que el misionero se hallaba entre la espada y la pared: los franceses acusaban á los cristianos indígenas de ser malos súbditos, de relativa amistad con los rebeldes, y los rebeldes hacían pagar caro á los católicos sus simpatías por los «bárbaros de Occidente, invasores del país.» Si un cristiano cometía algún acto punible, el mandarín levantaba el grito al cielo, y ardiendo en cólera *santa* repetía cien veces, evidenciando su hipocresía: *Ab uno disce omnes*. La situación era difícilísima, y el pobre misionero con ó sin razón debía siempre cargar con la responsabilidad.

Creo un deber hacer constar que me sirvieron de valiosos auxiliares para el cumplimiento de mi deber, el espíritu de justicia y amabilidad que animaba á cuantos jefes de destacamentos franceses he tratado; todos, excepto dos (hay que ser verídico), atendieron siempre mis razones. Siempre manifesté con franqueza, con sinceridad, cuánto me dictaba mi conciencia de misionero y de patriota. Y á pesar de mi sinceridad hube de defenderme personalmente, pues no era muy envidiable la idea que de mi patriotismo tenían mis compatriotas.

La siguiente anécdota de que fui protagonista dará idea de como me juzgaban los que nunca me vieron ni trataron.

Una mañana pasando por Phong-Vuc bien sentado en mi caballo, y después de comer una buena taza de arroz, para cumplir y sólo para cumplir entré á saludar al subteniente, jefe del destacamento.

Unos oficiales, que de paso como yo por Phong-Vuc, y á quienes no tenía el honor de conocer personalmente, me recibieron cortésmente lamentándose que no hubiese llegado á tiempo de almorzar, pues lo hubiéramos hecho juntos. Aquellos militares habían oído hablar de

bre: Girod en francés, soy el P. Bac en tierra anamita... ¡Vean Vdes. cómo se escribe la historia!

(Continuad.)

ESTADÍSTICA IMPORTANTE (1)

Imparciales con la prensa, incluso con aquella que no está enteramente conforme con nuestros ideales, nos complacemos en tributar testimonio de agradecimiento á *La Epoca*, por el brillante artículo de fondo que bajo



JAPON.—NIKKO: KIOSCO DE LA DANZA EN KAGURA.—Reproducción de fotografía remitida por el P. Ribaud, de la Sociedad de las Misiones Extranjeras de París. (Pág. 230)

mí y elogiarme como buen patriota, buen hijo de Francia...

—Pero hay excepciones, querido P. Girod: ve V., sentimos no poder decir otro tanto del P. Bac, de Nga-Xa...: verdad es que es hijo de España.

—Perdón, señores, el P. Bac, el célebre P. Bac, de quien tantas y tan enormes cosas os explicaron, es francés, francés como Vdes. y como yo.

—Vamos Padre, vamos, no intente V. defender á un hombre cómplice de los piratas, al causante de tantos males.

Mucha violencia debía hacerme para conservar la calma; pero contesté gravemente:

—Permitidme, señores; aun cuando el P. Bac fuese español, no deberíamos tirarle la primera piedra; pero es francés, repito, doy de ello palabra de honor, y la prueba es que el P. Bac y el P. Girod son un solo hom-

el título que precede, consagró anteayer al examen de un «Estado general» verdaderamente notable que acaba de publicar en esta corte el Procurador de las Misiones Agustonianas españolas en Filipinas, China, Brasil y repúblicas hispano-americanas. La Memoria va acompañada de documentos que prueban la vitalidad de una Orden que ha sido el porta-estandarte de la civilización cristiana y de la cultura española en el Extremo Oriente, y hoy lo es en los vastos continentes de la América. El rasgo de patriotismo de la Orden Agustiniiana al llevar á las repúblicas americanas su fe y sus energías españolas, ha de ser de inmensa trascendencia para la patria. Los Agustinos van á estrechar los lazos de amor y simpatía que unen hoy á los hijos con

(1) Creemos que ha de ser del agrado de nuestros lectores este interesante artículo que tomamos de *El Universo*, diario católico de Madrid, número de 25 de Junio de este año.

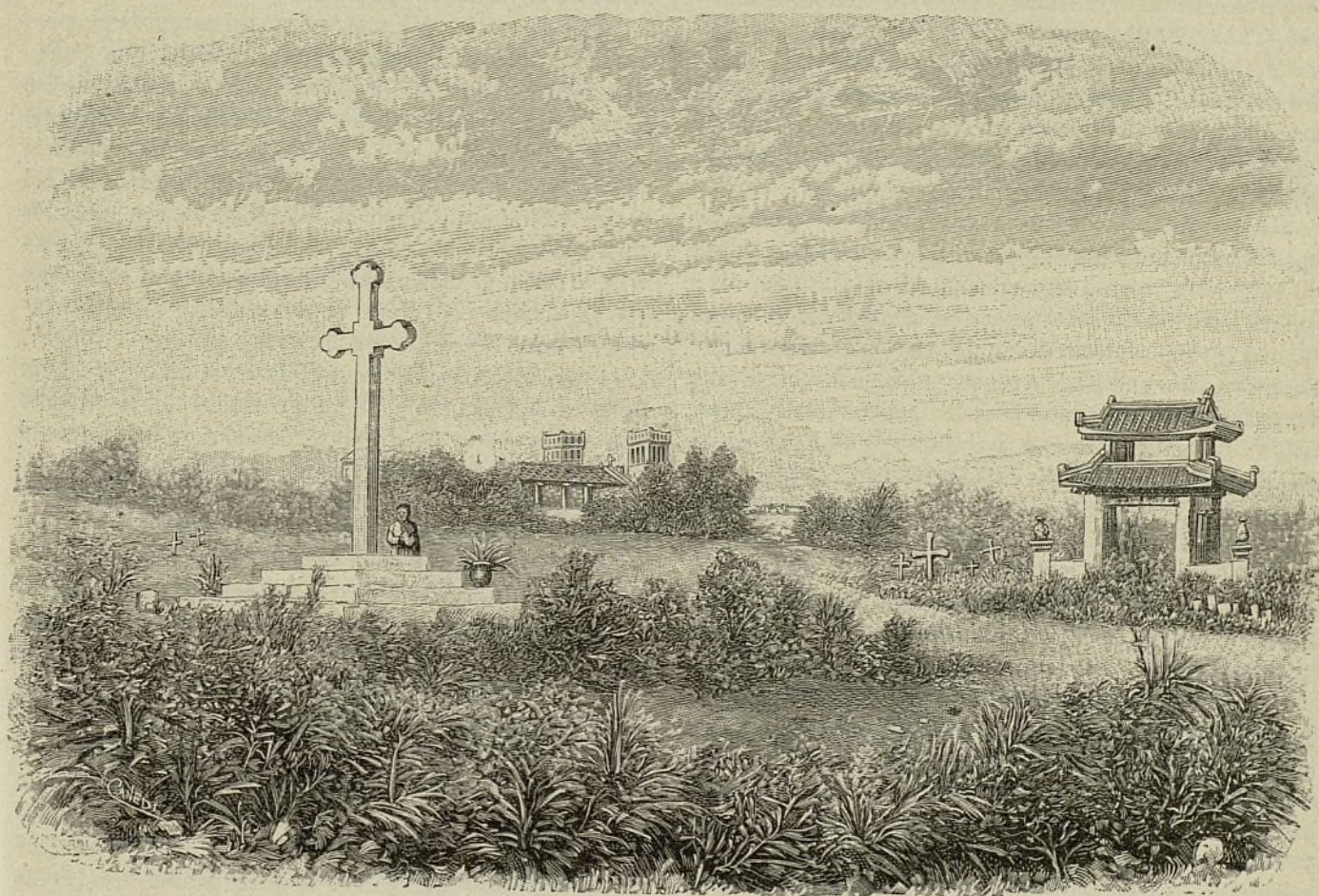
la antigua madre, y abren inmensos horizontes al porvenir de nuestros emigrantes, del comercio y producción nacional. El artículo que reproducimos hoy dice así:

«Uno de los trabajos más curiosos é interesantes que, con respecto á las Ordenes monásticas de Filipinas, acaba de publicarse en esta corte, es «El estado general de los Padres Agustinos de Filipinas, España, América, China, etc.,» publicado con gran copia de datos por el procurador general de la Orden Fr. Tomás Fito Zapatero.

«Sin perjuicio de hacer un detenido estudio de lo que en vista del valioso escrito, pueda afectar á España en

ban el hambre y la miseria, y tenían que luchar no sólo con los desencadenados elementos, sino con el salvajismo antropófago, cuando arribaban forzosamente á desconocidas é inhospitalarias islas. Los que navegan hoy en palacios flotantes, rodeados de placeres y comodidades, no apreciarían jamás el sacrificio personal é inmenso que representaba la navegación por el Cabo de Buena Esperanza y el país de las Tormentas. Aquellos hombres iban voluntariamente, puede decirse, á la muerte, movidos por dos ideales y dos nobles sentimientos: «La gloria de Dios y el amor á la patria.»

«Los gastos ocasionados por la educación y estancia



ALTO TONKIN.—CEMENTERIO DE LA COMUNIDAD DE KE-SO.—Reproducción de fotografía remitida por el P. Girod, de la Sociedad de las Misiones Extranjeras de París. (Pág. 226)

sus relaciones literarias, científicas y aún comerciales con las repúblicas hispano americanas, cuyos horizontes vastísimos se abren hoy, á petición de las mismas, á la actividad y patriotismo de nuestros misioneros, no podemos resistir á la tentación de publicar ahora algunas cifras estadísticas, que dan á la Memoria interés de actualidad.

«Desde que Legazpi y Urdaneta tomaron solemne posesión del Archipiélago Filipino en la isla de Cebú, en 15 de Abril de 1565, fueron destinados á la evangelización de aquellos vastos países 2,203 Agustinos, sin contar los Agustinos Recoletos, que forman rama aparte. Hasta la apertura del istmo de Suez iban los misioneros en buques de vela, atravesando á veces toda la América, pasando fatigas inauditas y tardando seis, ocho y hasta doce meses en llegar á su destino. Desafiaban las acometidas de furiosos huracanes; soporta-

de los Agustinos en el Archipiélago Magallánico son enormes, y sufragados todos por la Corporación, que desde América, especialmente desde Méjico y Lima, enviaba hasta principios del siglo XIX grandes cantidades y otros bastimentos por las famosas naos de Acapulco, que eran la única providencia de los misioneros y de los españoles en la remota colonia. En la educación, pues, y envío de misioneros ha gastado la Corporación 6.031,500 pesos, cuyos beneficios quedaron todos en España.

«Los Agustinos han fundado en el Archipiélago 369 pueblos, que cuentan con un promedio de 6, 12, 20 y 30,000 almas cada uno, y tenían en formación 43 más, que progresaban rapidísimamente, y hubieran sido sin disputa base de las mejores y más ricas provincias del Norte de Luzón.

«Cuando dejando aparte apasionamientos candentes

todavía, se examina con serenidad de juicio y frío criterio la obra gigantesca llevada á cabo en nuestra perdida colonia por la Orden Agustiniiana, se comprende la razón que tenía para apoyar incondicionalmente á las Ordenes monásticas uno de los ministros más demócratas del departamento de Ultramar. Nos referimos al Sr. Becerra, que prescindiendo de rancias preocupaciones y sectarismos de escuela, se identificó con las Comunidades monásticas de Filipinas; fundió, puede decirse, su alma española con la del patriótico misionero en su colosal civilizadora obra, y con un arranque de valentía que han tenido pocos ministros, creó de un solo golpe más de cien Misiones vivas en Luzón, Mindanao, Panay y otros puntos del Archipiélago. Hoy, remitida la fiebre de la pasión y del odio contra las cuatro antiguas Ordenes monásticas de Filipinas, se ve la magnitud de la pérdida de nuestro imperio colonial, y los quebrantos que con ella habrán de sufrir la Iglesia, la patria y la civilización oriental.

«Los Agustinos administraron durante su pacífica y apostólica dominación en las islas veinticinco millones de bautismos, oyeron en confesión *in articulo mortis* á quince millones de enfermos, y en tiempos cuaresmales calculábase sus confesiones en doscientos cincuenta millones. ¡Cifra enorme! Apenas puede concebirse una suma tan grande de trabajo en un país cuyo clima destruye constantemente á la más fuerte y robusta naturaleza, y sin embargo, las estadísticas con su rigorismo numérico y su inflexible lógica, dan testimonio de esto y de muchísimo más que no puede encerrarse en los estrechos límites de un artículo periodístico. Los misioneros Agustinos han realizado en el Archipiélago de Legazpi una de las obras más grandes de la civilización cristiana.

«Siguiendo nuestra investigación, vemos por la citada Memoria que durante su administración espiritual recaudaron para el Tesoro público, y solamente en concepto del llamado tributo del rey, capitación sagrada para el indio y conforme con las sabias leyes de Indias, 300 millones de pesos, sin contar las gabelas y otros emolumentos y socorros que continuamente arbitraban los misioneros para obras públicas, abastecimiento de carabelas y ejércitos con provisiones de boca y guerra, para rechazar invasiones extranjeras ó pelear contra la turbulenta morisma, que no dejó un punto de reposo á nuestros gobernantes y misioneros, hasta que un ejército regular y una marina de guerra no pusieron coto á los disturbios del interior y á la agresión de los piratas.

«Otro de los puntos de la Memoria es el impulso literario y científico dado por los Agustinos en el Archipiélago Filipino. Esta Corporación ilustre cuenta con 156 escritores, en la forma siguiente: historiadores de las islas y países orientales, 15; estadistas, 4; autores de diccionarios completísimos y gramáticas de todos los idiomas del Archipiélago, 25; matemáticos, naturalistas, geólogos, botánicos, etc., etc., 13; etnógrafos y de estudios comparativos entre los idiomas orientales y el sanscrito y otras lenguas muertas, 5; autores de catecismos, obras teológicas, de moral y práctica del ministerio, etc., 29; poetas, literatos y autores dramáticos que crearon el teatro tagalo, tomando por base del mismo á los grandes autores del siglo de oro de nuestra

literatura nacional, 17; otros varios, oradores, místicos, catequistas, ritualistas, etc., 48. Total 156. Fray Gaspar de San Agustín en su fundamental historia; los PP. Mercado, Blanco, Llanos, Naves y Fernández en la flora y fauna de las islas, obras conocidas de todos los sabios de Europa y premiadas en las principales Exposiciones, y el gran Diccionario estadístico y geográfico de los PP. Bravo y Buceta, asombro y admiración de todos, bastarían para hacer el mayor elogio de esta Corporación, digno de todo respeto. Todos los que han escrito sobre Filipinas, tanto nacionales como extranjeros, han tenido que acudir á los escritores Agustinos, de cuya Orden han hecho, incluso los más hostiles á la Iglesia y á la vida monástica, los mayores elogios.

«Los primeros embajadores diplomáticos que penetraron en el fondo de la China y del Japón desde los comienzos de nuestra acción civilizadora en el Extremo Oriente, fueron Agustinos. Por ellos fué conocida en la nación más vasta del mundo y en el imperio del sol naciente el poderío hispano. Estrecharon con aquellos países nuestras relaciones sociales y políticas, y desarrollaron en grande escala la industria y el comercio, que en el siglo XVII era importantísimo y había convertido nuestra remota colonia en un emporio de riqueza.

«Finalmente, la interesante Memoria da cuenta de la fecundidad inagotable de la provincia del Santísimo Nombre de Jesús de Filipinas. De ella se han formado las provincias de Santo Tomás de Villanueva; la Matritense con la Universidad y Colegio de *El Escorial*, Mallorca y Guernica; extensos vicariatos en China, Brasil, Perú, Argentina, Colombia y Ecuador, siendo especialmente en la América del Sur portaestandarte de nuestra literatura nacional, de nuestra Religión y de nuestras patrias costumbres.

«Las repúblicas americanas han recibido con los brazos abiertos á estos obreros evangélicos, que han de ser lazo de unión entre la madre y la antigua hija, protectores y padres de nuestros pobres emigrantes, centinelas avanzados de nuestra influencia étnica en aquellos países, propagandistas de nuestro comercio y producción nacional, y avisadores leales y desinteresados de los productos americanos y de cuanto pueda importarnos para el desarrollo de nuestras industrias y comercio nacional. De este último extremo, vitalísimo para España y de vida ó muerte para muchos de sus productos, nos ocuparemos otro día.»

JAPÓN HISTÓRICO Y ARTÍSTICO

(KAMAKURA Y NIKKO)

RUINAS Y MAUSOLEOS

POR EL RDO. D. MIGUEL RIBAUD, DE LA SOCIEDAD DE
MISIONES EXTRANJERAS DE PARÍS

NIKKO

Al salir del templo de Toshogu, museo prodigioso de arte clásico, el guía nos acompaña á visitar el panteón de Tokugawa Iyeyasu. Desandamos parte del camino

andado, pasamos de nuevo por el rico y elegante pórtico del Kara mon, y torciendo á la izquierda avanzamos por ancho camino cuyo pavimento forman grandes piedras y á ambos lados del cual se levantan nuevos edificios, decorados con sin igual riqueza y arte. Vemos un templo pequeño en el que se guardan las tres soberbias miniaturas portátiles de las grandes pagodas, que cada año son paseadas en procesión triunfal el día de la fiesta del templo de Toshogu: á cierta distancia se levanta el edificio donde la sacerdotisa shintoista baila periódicamente la célebre danza shintoista del *Kagura*, cuyos orígenes parece confundirse con los del shintoísmo.

Las épicas escenas cantadas por el *Kojiki* (mitología del shinto), de la que esta danza sería un recuerdo, son dignas de fijar un momento nuestra atención.

Cuéntase que *Ama Teram* ó *Mikami*, la diosa del sol, la ilustre antepasada de la familia imperial japonesa, nació del ojo izquierdo del creador, Izanorgi, en el preciso instante en que, de regreso de una visita hecha á su difunta esposa en el reino de los infiernos, el dios creador estaba lavándose. La diosa del sol tenía un mal hermano: el dios *Susa-no-o-no-Mikoto*. El carácter caprichoso de este príncipe celeste, aumentó con los años. Todos sus placeres se cifraban en matar hombres, arrancar árboles, devastar campos. Su padre le confió la custodia del océano, súbdito á quien nunca lograba ver sumido en la calma tranquila que engendra la paz. Los no interrumpidos gritos del guardián asustaban el universo; ríos y mares secábanse de terror; los hombres morían de espanto; la tierra quedaba desierta. En una palabra, el dios *Susa-no-o* era un dios morrocotudo.

Un día hubo de ocurrírsele asustar á su hermana la diosa Sol, la hermosísima *Ama-Terasu*, y arreglóselo de la siguiente manera. Cogió un caballo, lo despellejó vivo empezando por la cola, y cuando la diosa Sol y sus celestes compañeras se hallaban reunidas en el palacio, muy atareadas tejiendo vestidos para dioses, de súbito gritó, y su grito repercutió con la fuerza de horrible trueno entre el techo y el artesonado donde se hallaba escondido y dejó caer libre, sin bocado, el furioso caballo sin piel. Las diosas cayeron desmayadas: *Ama-Terasu* huyó horrorizada, refugiándose en una cueva que cerró con enorme roca, dejando el universo cubierto de tinieblas.

Las lamentaciones de miriadas de dioses se levantaron al unísono parecidas al zumbido de enjambres de abejas que vuelan al rededor de la colmena: innumerables augurios de no vistas ni soñadas calamidades se levantaron de los ámbitos todos de la tierra y del cielo. Entonces las ochocientas miriadas de dioses se congregaron en el cauce del calmoso, tranquilo Río del Cielo, y deliberaron. El acuerdo, después de largas discusiones, fué valerse de una ficción.

El dios *Ishi-ko-ri-do-me*, sacando hierro de las minas, que guarda la divina montaña de Kagu, forjó un espejo; un dios joyero hizo riquísimo collar de piedras preciosas; un tercero arrancó y transportó un árbol gigantesco que extendía orgulloso, desafiando los vendavales, quinientas ramas (*elejera japónica*), y de estas

ramas sagradas colgó el collar de diamantes, el espejo de los dioses y ofrendas pacificadoras, blancas y azules; colgado todo lo cual empezó el casi interminable rezo de numerosas oraciones litúrgicas. La diosa *Ame-no-uzume-no-mikoto* rodeó su flexible talle de un cinturón de las incomparables *Lycopedes* que nacen en la santa montaña, sus manos privilegiadas tejieron una corona de celastríneas que entrelazó con sus rubios cabellos finísimos, tejió numerosos ramos de hojas las más tiernas de jóvenes bambús, y cogiéndolos partió hasta llegar cabe á la puerta de la gruta donde seguía escondida la diosa Sol: sus acompañantes colocaron sonora plancha metálica, y danzó elegante, incansable sobre el original trampolín. La corte celestial se impresionó y las ochocientas miriadas de dioses rieron. La diosa que lanza rayos, escondida en el antro, entreabrió la puerta y dijo:

—Escondida yo, en las regiones celestes deben reinar densísimas tinieblas. Siendo así, ¿cómo es posible que la diosa *Ame-no-uzume-no-mikoto* baile tan alegre, y que las miriadas de dioses rían tan satisfechas?

—Reímos, nos alegramos festejando el encuentro de una diosa incomparablemente más brillante que tú.

Y le acercaron el espejo, que brillaba herido por los rayos de la diosa Sol, quien admirada salía paso tras paso del malhadado retiro. El dios de la fuerza, que estaba escondido la cogió de la mano, y otros ciñeron su cintura con ricas cuerdas de mil variadas sedas, diciéndole:

—Jamás debes ni soñar en esconderte.

Y al salir de su retiro la diosa que lanza rayos, el universo alegre bañóse de sol (1).

Esta es la curiosa leyenda cuyo recuerdo perpetua la danza de *Kagura*. Históricamente considerada, la danza religiosa existe ya á principios del siglo IV de nuestra era, llegando á su mayor esplendor en el siglo VIII, reinando el emperador Kwammu. Entonces como ahora consistía en una danza giratoria, bailada en los templos por sacerdotisas en los días de gran fiesta, celebrando la salida de la diosa que lanza rayos, y dándole gracias por haberse dignado iluminar al mundo, que con su desaparición súbita lo dejó sumido en tinieblas.

Acompañaban las antiguas, al igual que la de la leyenda que recuerdan é imitan, cantos y algunos primitivos instrumentos musicales: la flauta, el *Koto* de seis cuerdas, y el *Hoshi*, especie de platillos de madera que hacen sonar de modo igual á los que forman parte de nuestras músicas militares. Con el tiempo añadieron el tambor, *tsutsumi*, y un instrumento parecido al flajolé, al que llamaban *hichiriki*.

Andando el tiempo estas que podríamos llamar dionisiacas sencillísimas, sin interés, resultaron insuficientes, y añadieron nuevas representaciones más variadas y de carácter cómico (*Saru gaku*). Y así por lenta transformación llegóse á las escenas dramáticas cantadas (*No*), madres de la tragedia japonesa, tal como existe en los tiempos actuales. Esta representación del *Kagura* fué para el teatro japonés lo que el dithyram-

(1) Chamberlain: A translation of the *Ko-ji-ki*.

bo, cantado en Atenas al rededor de improvisado altar en honor de Baco, para el teatro griego.

Las analogías de estos dos teatros sorprende no sólo en sus orígenes sino también en su desarrollo.

(Se continuará).

ASESINATO RITUAL

Por tratarse de una joven devotísima del Rosario, y con el fin de que nuestros lectores tengan un dato más para conocer el odio salvaje de los judíos contra los discípulos del Salvador, copiamos de un número atrasado, *La Libre Parole*, el relato siguiente:

«La víctima, Inés Hruza, era una muchacha pobre, que vivía de costura, conocidísima en todo el país por su ejemplar formalidad y por lo piadosa que era. Nunca dejaba de llevar consigo el rosario, y lo tenía en el bolsillo el día en que fué asesinada.

«Salía de casa de su madre á las seis y media justas, para hallarse á las siete y cuarto en el establecimiento donde trabajaba; y á las seis y media de la tarde ya estaba de regreso.

«Sucedió que una noche de la semana de Pascua no volvió á su casa; mas como en aquellos días el trabajo era muy apremiante, pensó la madre de Inés que ésta se había quedado á velar en el establecimiento donde cosía. Prolongándose la ausencia, la madre empezó á hacer averiguaciones, y en ninguna parte encontró noticias de su hija.

«Dos días después apareció su cadáver, cubierto casi completamente con hojas de árbol, á la entrada del bosque, lindante con el camino por donde ella pasaba dos veces al día.

«La cabeza de la desgraciada muchacha presentaba señales de haber recibido varios golpes; tenía la garganta descubierta y parecía como si se la hubieran apretado con fuerza; por último, tenía cortada la arteria carótide. No había quedado en el cuerpo de Inés ni una sola gota de sangre; ni por más que se reconoció el terreno pudo hallarse rastro ni mancha de ella. ¿Qué había sido de la sangre?

«De la instrucción y el dictamen pericial, resultó que el crimen había sido cometido por varias personas, y que ni la presión de que había señales en el cuello de la víctima, ni los golpes de la cabeza, pudieron producir la muerte. Los golpes no habían tenido más objeto que aturdir á la pobre muchacha, y la presión del cuello no se había hecho para estrangularla, sino para que se desangrase más deprisa por la cortadura de la arteria, que fué lo que la produjo la muerte.

«El bosque donde fué hallado el cadáver, y que está lindando con el camino, se halla contiguo á la casa de un judío alemán, apellidado Hulsner, el cual es de los llamados ortodoxos.

«La voz pública señaló á Hulsner como autor principal del crimen.

«La causa se vió ante el jurado de Kuttemberg.

«El tribunal de derecho y el abogado de la familia de Inés convinieron sin dificultad en que se prescindiese de someter al jurado el punto relativo á las cau-

sas del crimen; por consiguiente, la prueba se limitó á estos tres extremos:

«1.º Que el asesinato no había tenido por objeto robar á Inés, porque ésta era pobre y no llevaba consigo sino un pañuelo, el rosario y unas tijeras de labor.

«2.º Que no se trataba de ningún crimen por celos ni venganza.

«3.º Que tampoco debía atribuirse á ninguna pasión brutal, puesto que la autopsia había demostrado que el cuerpo de la víctima no había recibido ultraje alguno.

«Cuando el Dr. Baxa, abogado de la familia de la interfecta, fué exponiendo el caso, hizo notar el carácter especial de la sangría del cuello, y añadió estas palabras: «No quiero extremar mis investigaciones «en lo concerniente á los móviles del criminal; pero «nadie habrá que, examinando las circunstancias de este caso, no diga conmigo que Inés Hruza es una mártir cristiana.»

«Hulsner fué condenado á muerte; y aunque durante el proceso y la vista no cesó de protestar de su inocencia, allá por el mes de Septiembre comenzó á reconocerse culpable y á confesar su delito, y pidió ver al Juez de instrucción, á quien manifestó el nombre de dos de sus cómplices. Esta noticia produjo la mayor impresión en el vecindario de Kuttemberg; mas los periódicos judíos de la localidad, aterrados con el sesgo que tomaba el asunto, y los resultados que podía producir para todos los judíos de la comarca, se apresuraron á decir que la confesión de Hulsner no tenía valor ninguno; porque viéndose perdido y en vísperas de subir al cadalso, había ideado aquel recurso para obtener su indulto ó por lo menos retrasar su ejecución.

«Hulsner se ratificó en sus nuevas declaraciones; y se expedieron dos autos de prisión contra sus dos cómplices, cuyos nombres negóse á divulgar al Juez instructor.

«El fiscal imperial Sr. Schneider-Swoboda dió gracias al Jurado y al Tribunal de derecho por la continua paciencia que demostraron durante los cinco días que duró la vista del proceso, y añadió que «el Jurado había apreciado rectamente los hechos sometidos á su examen.»

«Pero los judíos no cejaron, y todos los de Austria han tomado con empeño el que se haga más luz en el asunto y se indulte á Hulsner.

«¿Lo conseguirán?

«Es muy posible, y así lo hace sospechar lo ocurrido en otro caso idéntico, contado y confirmado en el Parlamento austriaco con motivo del asesinato ritual de Polna.

«Hablando de él en la última sesión de la citada Cámara, el diputado Schneider hizo como una lista de los crímenes rituales cometidos recientemente, y refiriéndose al de Tisza-Eszlar, cuyos autores fueron absueltos, dijo estas palabras:

«Hoy, que ya no existe el hombre á quien voy á citar, nada me impide deciros cómo explicaba el hecho inexplicable de la absolucón. Así, pues, el conde de Andrasy, que no es otra la persona á quien me refiero, preguntado acerca del caso por alguien que le dijo:

«—¿Cree V. que, en efecto, hubo crimen ritual?



ALTO TONKIN.—JUNCO REMONTANDO EL RÍO.—Reproducción de fotografía remitida por el P. Girod, de la Sociedad de las Misiones Extranjeras de París. (Pág. 223)

«—Pues claro que sí, contestó. De eso no me cabe la menor duda; eso está completamente probado.

«—Y entonces, ¿cómo se explica la absolución?

«—Cosas de este mundo, dijo Andrassy. Al día siguiente de la condenación, el pueblo hubiera degollado á veinte mil judíos; y en tal caso, ¿quién nos iba á prestar dinero faltándonos ellos?

«—He aquí, prosiguió el diputado Schneider, una contestación que retrata á un ministro; he aquí la explicación del fallo absolutorio de Tisza-Eszlar. (Voces en la izquierda): «¿A quién dijo eso Andrassy?» Se pone en pie el príncipe Luis de Liechtentein y pronuncia no más que estas palabras: «A mí mismo me lo dijo.» (Profunda impresión. Movimiento prolongado).»

BIBLIOGRAFÍA

Meteoros. Así se titula el último volumen publicado de la Biblioteca Elzevir. Lo forman poesías, apólogos y cuentos del inspirado vate mallorquín Juan Alcover. Mallorca es y ha sido patria de poetas; quizás se debe á la incomparable belleza de la reina de cuantas islas besa el tranquilo Mediterráneo, quizás á la fuerza de privilegiada imaginación legado de los árabes á un pueblo que es y ha sido no ya catalán sino Cataluña, quizás al sol espléndido que vivifica, quizás á Dios que para enseñar humildad á una raza altiva, permite que otra raza que á veces escribe en lenguas que no habla, admire á la raza altiva con el vigor, la inspiración, el *nercio* de sus composiciones poéticas.

En Mallorca se han publicado, en tiempo relativamente corto, tres tomos de poesías dignas de tal nombre: *Líricas*, de Costa y Llovera; *Poesías*, de Estelrich, y *Meteoros*, de Juan Alcover: esto es indudable, como dice el P. Fr. Restituto del Valle Ruíz, agustino, en el magistral artículo que hablando de Alcover y su obra ha publicado en el último número de la *Ciudad de Dios*, que demuestra que no ha muerto el fuego sagrado de la inspiración en la tierra balear; pero lo que no me parece tan indudable, sino muy dudable, lo que á todo catalán-mallorquín y á todo catalán

no mallorquín les admirará, es lo que á renglón seguido afirma dicho Padre, que entre *Mallorca y Cataluña* haya de por medio un abismo.

Claro está que si el ilustrado articulista alude al abismo del mar, la afirmación es exacta, evidente; pero si, como fácilmente se comprende, alude á que entre las tendencias, las aspiraciones (y entiéndese bien que al decir aspiraciones no comprendo las separatistas de algunos poquísimos medio-peotas catalanes, aspiraciones condenadas por todos los regionalistas verdaderos), sí, repito, si alude á las tendencias, á las aspiraciones de Cataluña y de Mallorca, creo, y así me permito hacerlo constar con los respetos debidos al distinguido escritor, que Cataluña y Mallorca aspiran lo mismo, anhelan lo mismo, pues son hermanas; son algo más que hermanas, son como dos cuerpos y un alma.

¿Pruebas? Les ofrecen abundantes hechos de índole política ó patriótica que sería enojoso enumerar. Mallorca fué la primera en el actual potente renacer de la lengua y literatura catalanas: sino la engendradora, fué la que con mayor entusiasmo emprendió la obra de las catalanas reivindicaciones. ¿No son buena prueba de mi aserto las obras del rey de los vates mallorquines, del patriarca de las letras catalanes D. Mariano Aguiló y Fuster? Y buena prueba es también uno de los autores citados por el P. Restituto del Valle en su enumeración de vates mallorquines. Me refiero á Costa y Llovera. He leído y releído el tomo *Líricas* del citado autor: he admirado composiciones tan hermosas como *Las Catacumbas*:

... callada y fúnebre
ciudad del Dios viviente,
inextricable dédalo
cuyo opresor ambiente
de tumba, da el espíritu
auras de vida y luz,

la ciudad cuyas galerías

son ruinas del espíritu
que han derribado al mundo,
son las raíces húmedas
del árbol de la fe!

y donde

crecía el pueblo inmenso
de un solo corazón.

He admirado las *Ruinas*, *Ante el Moisés de Miguel Angel*, el *Nocturno*, y otras y otras: pero al compararlas con las composiciones poéticas catalanas del mismo autor, ¡qué palidez, qué falta de

vigor, cuán menos espontáneo aparece el pensamiento en las castellanas! ¡Hay en todo el tomo *Líricas* algo comparable á la grandeza sublime de *Lo Pi de Formentor*:

Mon cor estima á un arbre: més vell que l'olivera
més poderós que 'l roure, més vert que 'l taronjer,
conserva de ses fulles l'eterna primavera
y lluyta ab les ventades qu'atupan la ribera
que cruixen lo terror.

Arbre, mon cor t' enveja. Sobre la terra impura
com una prenda santa duré jo 'l teu recort.
Lluytar constant y véncer, mirar desde l'altura,
alimentarse y viure de cel y de llum pura
¡oh vida... noble sort!

¡Amunt, ánima forta! traspasa la boyrada
y arrela dins l'altura, com l'arbre dels penyals:
veurás caure á tes plantes la mar del mon irada,
y tes cançons tranquiles 'nirán per la ventada
com l'au dels temporals.

Pobre es mi parecer, pero tengo para mí que esta composición mata, apaga con su potente brillo cuantas chispas de grandiosidad, de elevación se encuentran en las obras castellanas.

Y si de la grandiosidad pasamos á lo dulce, á lo tiernamente sentimental, encontramos los ecos suavísimos de la dulce voz de la Reina que, perdidos sus hijos y su poder, guarda en su mente el recuerdo de la majestad arrebatada, en su corazón la esperanza que salva;... y conmovida por la belleza de sus recuerdos canta...

Tart era ja. La lluna blanca y freda
guaytá tranquilament á dins la cambra;
y ningú sap ¡ay Deu! fins á quin' hora
durá lo só de l' harpa.

¡De un hombre que canta en catalán como canta Costa y Llovera, que lo mejor, lo que da más valioso timbre de gloria poética á su nombre está sentido y escrito en catalán, puede decirse que está separado de Cataluña por un abismo! ¿Quién que haya leído á Verdaguer, á Matéu y á la pléyade de poetas que en la Cataluña peninsular florecen, y haya comparado los sentimientos que animan los cantos de éstos, con los sentimientos que laten potentes en *Lo Pi de Formentor* y en el canto de la Reina destrozada; quién, repito, dirá que los poetas mallorquines están separados por un abismo de los poetas catalanes?

Pero hablando de catalanes se me olvidaban las poesías de Alcover.

Alcover es poeta de inspiración, reposada, tranquila: sus ideas fluyen espontáneas y se amoldan sin esfuerzo en sus bien esculpidos versos. No busquéis en *Meteoros* poesías que os hagan vibrar el corazón al noble fuego del amor patrio: en todo el tomo no hay una sola composición patriótica, pues no debe ser comprendida entre las de este género la titulada *La lengua patria*, composición en la que el autor se limita á saludar á los pueblos de la América latina, á ponderar la belleza de la lengua de Lope y de Cervantes, á afirmar que la lengua

... por sí sola
caldeándonos aún
con llamaradas íntimas, enlaza
los pueblos de la América española
con la patria común.

No busquéis poesías que describan, cual la *Tempestad* de Zorrilla con elevado acento los espectáculos grandiosos de la naturaleza en desorden: buscad mejor poesía si descriptiva de escenas plácidas, tranquilos argumentos sentidos con intensidad, como, por ejemplo, los tristes amores del

... de don Elías
discípulo distinguido;

del héroe de *Inercia*, composición, cuento ó novela en verso que revela profunda observación psicológica, y que respira vaga tristeza racionalmente guiada. El héroe llega á su casa

perdido el año,
penetrado de amargo pesimismo,
porque no hay para el hombre desengaño
peor que el desengaño de sí mismo.

Y viene á aumentar la aflicción del héroe la historia que le cuenta doña Luz. Amó y era correspondido, pero no llegó tu visita suspirada,
y á los consejos de su padre anciano
cedió por fin creyéndose olvidada.

¡Cómo revela que el poeta es catalán la poesía popular catalana *La Viuda*! Está trasladada al castellano con amor, con sentimiento; conserva el olor de nuestras montañas, el gratísimo sabor popular, las sencillez y la facilidad que respiran todas las composiciones que el pueblo canta y se transmiten de generación en generación.

Esta bibliografía entre el delantal y lo que no es delantal va resultando interminable. Pero no pondré punto final sin citar la notable composición titulada *Melodía etiópica*. De ella dice justamente el distinguido crítico agustino antes citado Fr. Restituto del Valle, «es la obra más original, la mejor estudiada y dispuesta y en la que no hay palabra inútil ni pincelada que no sea gráfica y valiente. Brillan en la composición trozos descriptivos de incomparable grandeza y hermosura y que sólo un ingenio de raza superior puede realizar. Todo es potente y varonil, nuevo y grandioso, y es de admirar no sólo el extraño humorismo satírico, como dice finamente el Sr. Valera, sino la vengadora y genuina sátira que bulle oculta allá dentro, como mar de fondo.»

El nido es poemito delicioso, en que son descritos con singular donaire las travesuras de tres rapazuelos, los amores, hijos de algo más que de la afinidad, de aquellos tres niños,

Ramón, todo viveza, todo fuego. .
Roque, temperamento más pasivo
y de mayor apego
al género real y positivo...
y como un cisne esbelta y hechicera
Margarita,

la reina de los dos jóvenes corazones enamorados. El nido descubierto por Ramón fué regalado por Roque y desde entonces entre los dos abriéndose un abismo, desde el instante aquel fueron rivales.

Lálage, la que debió ser matadora de Nerón, pero que vencida por la salvaje grandeza del monstruo romano, le ama y estrangulada muere

pálida y aterrada, pero muda
como la estatua del dolor sublime.

No son de recomendar en esta poesía alguna crudeza de expresión, algo de excesivo realismo y algo que es contrario á lo real: me refiero al discurso de *Lálage* al descubrir su misión de asesinar al tirano.

En junto la obra de Alcover merece con justicia el nombre de colección de poesía; los que forma el volumen no son versos, versos adocenados á que tanto nos van acostumbrando poetas de relumbrón, *Campoamores* de á real docena: son poesías inspiradas, dignas algunas de figurar en primera fila. Entre éstas hay que añadir, pues me olvidé nombrarla, la *Noche de Reyes*, poemito risueño, de argumento fácil, familiar y lleno de sentimiento: ¡qué hermosamente está descrita la figura de la camarera de la niña sin madre:

Bondadosa mujer, de alma tan limpia
como su blanco rebocillo, hermana
del roble montañés, viviente archivo
de tradiciones y baladas ..
Para los otros vive; apenas sabe
qué son tristezas y alegrías propias.

¡Con cuánta fuerza vibra el amor filial en la carta que la hija mayor, un ángel de siete años, escribe á su madre la noche de Reyes, confiando que pues aquel mes ha

sido buena
más que nunca lo ha sido

los Reyes no le darán la pena de negarle la gracia que les pide.
¡Y qué hermoso despertar el de la niña!

Padre, díce llamando, ¿no la viste?
Era ella, mi madre. A verme vino...
Yo le escribí una carta y en la mano
abierta la traía... Entró en mi cuarto;
apartó los cabellos de mi frente
y me besó... Callaba y sonreía
y otra vez me besó. ¡Qué hermosa estaba;
¿Ves esta claridad? Por este lado
se fué dejando olor de violetas.

Alcover, y concluyo, tiene personalidad propia; no imita, siente; depura el sentimiento en el crisol del buen gusto y escribe lo que siente, tal y como lo siente.—M. C. y G.

VARIEDADES

EL PATIO AZUL

(CUENTO)

—Perdone; ¿tendría inconveniente en dejarme pintar ese patio?

—¡Ah, no, señor! ningún inconveniente, respondiome una mujer de unos cuarenta años, alta, enlutada y de cara bondadosa. Pero no sé qué puede pintar aquí. Es muy pequeño y lo tenemos muy descuidado, porque estoy sola, con una pobre hermana que está muy enferma, y no me queda tiempo para nada.

—No es más que para pintar las flores.

—¡Ah, pinte, pinte! Si lo hubiese visto el año pasado, cuando todos teníamos, y mi marido (que en el cielo esté) vivía; entonces sí que daba gusto verlo. La enredadera subía hasta la azotea, y aquí siempre teníamos sombra. Pero ahora, ¡ay! nos falta el humor, y las plantas quieren ser cuidadas lo mismo que las personas. Desde que la niña pequeña está de esa manera las flores parecen que lo comprenden.

Había visto aquel patio desde la calle: un agujero de luz allá en el fondo, unos rayos de luz y una claridad de Nacimiento; las paredes azules, de ese azul brutal sin mezcla y sin medias tintas, de un ultramar violado, avergonzando al mismo cielo de la costa, un pozo también azul, una escalera azul y delante de lo azul una línea de tiestos, de ollas blancas, de cajones y jarrones rebosando flores á granel. Allí, malvas reales junto á claveles encendidos despeinándose y cayendo en colorida cascada; allí lirios de una blancura sin mácula cerca de unos pensamientos pequeños con las corolas semiabiertas y barbas de marinero; allí grandes hortensias perdiendo el verdor y adquiriendo matices de rosa, y una gran enredadera acribillando de puntos de oro la sombra de los ladrillos.

Ya en él vi que realmente las plantas estaban mal cuidadas: tenían sed y calor, y las hojas se marchitaban y las flores se descolorían; sentían tristeza; experimentaban la añoranza de una mano que les mimase; el abandono se retrataba en su cara, y las más sensibles, como los lirios y los junquillos, torcían el cuello, languidecientes, y semejaban que sufrían; mas por eso lo que perdían en gentileza lo ganaban en simpatía.

Cogiendo una silla que me ofreció la buena mujer, comencé á luchar con el natural y el cuadro. Refregaba el color sobre la tela, borraba y dibujaba y volvía á borrar, para comenzarla desde el principio y de nuevo con la fiebre de la cosa que se comienza; y la mujer de pie detrás, parecía interesarse mucho en mi maniobra, é íbame dando conversación.

—Verá, el marido de una servidora era pintor de paredes, y ya sé lo que es pintura. Para pintar cortinajes en las salas y angelitos en las alcobas, para imitar mármol y madera no había ninguno como él. Tenía unas manos de plata. ¡Ah, señor, si lo hubiera visto trabajar! ¡Despachaba el trabajo en un santiamén! Pero el pobrecito se murió, y vea V., ahora me queda

la hermana, que también la tenemos *desuciada* de los médicos.

Diciéndome eso, observaba yo que miraba con mucha atención á un balcón cerrado que había sobre el patio. Atareado con el trabajo contestaba con monosílabos, y creyendo que me estorbaba:

—Bien, pues, me dijo, voy hasta arriba. Usted mismo; haga y deshaga como si estuviera en su propia casa.

Pinté todavía un rato. El sol huía subiendo azul arriba, é iba á retirarme, cuando detrás de los ventanillos del balcón que miraba aquella mujer, vi una cara de una amarillez crispadora; dos ojos inmensos y vacíos y hundidos bajo una frente de calavera, que se asomaban con una mirada dolorosa, clavados á los mismos vidrios. Parecía una muchacha joven y perdidamente enferma, una muerta detrás del cristal de la caja, una visión de las que dejan escalofríos. Era como la impresión de una figura de cera muriéndose dentro de una escaparate; una impresión á la cual, de noche, se tiene un sueño parecido.

Al día siguiente al volver á la misma hora á continuar mi patio, me hallé á la enferma sentada delante de las flores del fondo.

En aquel baño de claridad, en aquella delgadez me pareció menos fantasma que el día anterior, más mujer con más huellas de hermosura. Los ojos eran azules como el patio, y semejaban tener dentro una alegría apagada y una tristeza naciente, de tal modo brillaban de juventud, y á veces se velaban de una melancolía tan honda que era imposible mirarlos. Eran el espejo de un corazón joven, retratando uno por uno los relentes y las nieblas que pasaban á través de un pensamiento. Una aureola enferma y violácea los rodeaba y les hacía parecer dos soles que se ponían, rodeados de gasas de crepúsculo. A veces semejaba una criatura y otras una viejecita; pero debía tener dieciséis años. ¡Pobre flor! ¡Capullo y ya deshojándose!

—Escuche, me dijo con voz apagada, ¿le estorbo?

—No, hija, de ninguna manera.

—Es que si le impido la vista me iré.

—No se mueva, primero me iría yo.

No se movió, pobrecita, no se movió ni un momento; sólo cuando tosía. Permaneció inmóvil mientras el sol la tocó, acariciándole las manos, besándole la cara, llenándole de besos de oro, coronándola de nimbos de reflejos, templando la frialdad de aquel cuerpo que se apagaba.

Yo no podía pintar; no veía el cuadro, no veía sino á ella. Quieta, engurruñada y temblorosa, las flores, las otras flores, parecían que la mirasen, y todo se concentraba en la figura y todo desaparecía, y ella era todo el cuadro. Lo restante hacía de aureola, de fondo, de celaje azul. Las plantas marchitas, las paredes pintadas, la sombra de la enredadera, los circulillos de sol, todo se fundía, todo se esfumaba, rodeando aquella nota tan triste, aquella gran flor más hermosa y más mustia que las otras, torciendo el cuello como los lirios.

Por instinto, como aquel que pinta una flor más en el cuadro, comencé á pintarla sin que lo advirtiera; y no es posible descubrir la mezcla de conmiseración y egoísmo de pintor con que se buscan los repliegues del

sufrimiento, las señales de la muerte que va aproximándose y los colores que van perdiéndose, cuando se está frente al modelo. De aquella amarillez aterradora no se ve más que las delicadezas del mate; de las venas exhaustas, las medias tintas violadas perdiéndose en colores finísimos; del dolor la forma que sale afuera y la expresión de las angustias del alma. A poco de pintar, con una crueldad inconsciente, la pobre enferma no era más que una figura, una cosa de una belleza macabra, la naturaleza muerta, primorosamente hermosa.

A poco rato se volvió y sonrióme, queriéndome decir que ya veía que la estaba copiando; pero continuó quie-

y de nada valía!... Para bailar tenía como un delirio. Mire: ¿ve estas faldillas? Las llevaba el día del último sarao. ¿Quién lo diría, eh? Era el primero á que iba, y los bailé todos, todos; más si hubiera habido. Dicen que aquello me hizo mal; pero yo no lo creo. Me cogió esta tos, que dicen que no tiene ninguna importancia; pero yo no sé, yo no sé lo que piense. Hay ocasiones en que creo que no será nada; pero otras tengo un miedo á morirme que hasta lloro, ¡yo que jamás había llorado! Pero no sé por qué le cuento estas cosas.

—Tenga valor, que no tardará en curarse.

—¿Es médico V.?



ALTO TONKIN.—ORILLAS DEL SONG-CHAY.—Reproducción de fotografía remitida por el P. Girod, de la Sociedad de las Misiones Extranjeras de París. (Pág. 223)

ta, consintiendo que siguiera mi trabajo. Después, haciendo un esfuerzo, se levantó, acercóse al cuadro, y luego de mirarlo un ratito díjome:

—¡Dios mío! ¿tan amarilla, tan enferma estoy?

—No, mujer. Sólo está comenzada: es que...

Y se fué hacia arriba.

Cuando estuvo detrás del balcón, no pensando que la observase, vi que cogía un espejito y se miraba un gran rato; me pareció que suspiraba y se dejó caer sentada, y clavó los ojos en los vidrios.

—¡Si me hubiera conocido hace tres meses! me dijo al día siguiente á la misma hora; hoy se lo puedo decir: entonces sí que me hubiera podido sacar un buen retrato. ¡Tan alegre, tan reidora estaba! Todo me hacía reír. ¡Mi hermana tenía que reñirme á cada momento,

—¿No ve que soy pintor?

—Lo veo; se lo decía en broma. ¡Cómo me gusta la pintura! Mire, si yo fuese pintor, siempre pintaría cosas alegres: bosques con sombras, vistas, cosas nuevas, señoras guapas y bien vestidas, ¿y qué sé yo? cosas que fueran alegres. ¿Quiere que me vaya á sentar?

—Como V. quiera. Yo tengo ya trabajo con hacer flores una porción de días.

—¡Pobres flores! dijo, pasándole las manos por encima como si las acariciase, y yéndose á sentar á su puesto.

—Mire, me parece que hoy estoy mucho mejor. Y hasta bailarí, me dijo riendo con tristeza infinita.

¡Pobre niña! Al cabo de un rato de haberse sentado le sobrevino aquella tos, aquella tos que salía desde el fondo de las entrañas, una tos que le arrancaba la vida

dejándole el alma serena... ¡Pobrecilla! Le vi las dos primeras lágrimas descolgándose por la amarillez de las mejillas, y jadeando y con la cabeza baja quedó soñolienta. ¿Qué pensaba? Tal vez no pensaba ó pensaba vagamente, y nada más amargo que esas tristezas hechas de sueños nebulosos, de dudas, de presentimientos extraños; esas tristezas sin nombre, que son como un nubarrón largo que pasa por delante de la claridad de las almas y deja el corazón entre nieblas; que son puestas de sol de la vida, ocasos y añoranzas de cosas ignoradas. Morir á los dieciséis años, morir y sentirse morir cuando se abre de par en par la ventana llena de luz y de esperanza, y decirse á uno mismo: De aquí á un mes, de aquí á ocho días, tal vez mañana tendrás que despedirte no sólo de todo lo que amas, sino de todo lo que amarías.

¡Por qué había comenzado aquel cuadro!

Después fui yo el que quedé pensativo contemplándola con los pinceles inmóviles. Me pareció que era como un reloj de arena lleno de gotas de sangre. «Ahora faltan cinco, pensaba; ahora cuatro, tres, dos.» Y al llegar á una decíame: «Ahora caerá de su corazón la última gota, y ella caerá muerta sobre los tiestos de las flores.»

—¿En qué piensa? me preguntó de repente como si leyera en el fondo de mi pensamiento.

—Estoy muy apurado porque el cuadro no me sale bien.

—¿Qué? ¿No estoy quieta?

—Sí, mujer: hablo del fondo de ese azul del patio. Usted no se apure y descanse.

—¡De seguro que descansaré pronto!

Para animarla iba á hacerle una broma, pero viendo su mirada resignada y convencida, la broma se me anudó al cuello y me oculté tras del cuadro.

Al día siguiente no bajó, ni al otro tampoco. Al otro día la vi detrás de los ventanillos. Sonríome y saludó; acercóse á los vidrios, tosió, y habiéndolos dejado empañados, con una mano descarnada enjugólos y volvióse hacia dentro.

Un día entró su médico, y como le conocía, nos pusimos á charlar, mientras que ella, desde arriba, con sus grandes ojos de enferma, miraba por si descubría un signo, un movimiento que la sacase de sus dudas. El médico me dijo que no viviría ocho días.

Yo no faltaba ni uno. Un imán de simpatía me llevaba, y el cuadro casi me servía de excusa. Veía pasar las amigas, la hermana, y muchas veces salía sin haber visto á nadie, cuando un día bajó como diciéndome: «Vengo para que acabes el cuadro.»

—¡Aya, pínteme, me dijo.

—Pero si tendremos tiempo, me atreví á responderle.

—Pínteme, me contestó yéndose á sentar en su puesto.

Ningún día había estado tan contenta: todo era hacer proyectos para lo porvenir y levantar castillos en el aire. Cuando estuviera buena cambiaría todas las flores del jardín; pondría rosales y muchas clavellinas. Nada de lirios, porque cuando se pasaban parecían que estaban tristes. Se haría un vestido de color de rosa

por el estilo de uno que tenía una amiga, y, para la fiesta mayor, iría á todos los bailes. Sí, volvería á bailar, y quería divertirse y vivir, sobre todo vivir, que no era justo haber de morir tan pronto. Hasta quiso regar las flores, y la viuda y yo tuvimos que regarlas.

Sorbiendo el agua se reavivaban agradecidas, y ella las miró de un modo tan misterioso, con unos ojos tan turbios, que fué su mirada todo un mundo secreto de dudas y de esperanzas.

No volvió á bajar.

—¿La quiere ver? me dijo un día su hermana mayor. Está muriéndose, pero la encontrará levantada. Subí, y estaba rodeada de sus amigas todas jóvenes, todas alegres, todas vestidas de claro: flores de primavera al pie de una tumba, banda de pajarillos junto á gorrión engorruñado, de un gorrión con las alitas plegadas, con los ojos semiabiertos y un estertor de agonía.

—¿Ha concluido V. el cuadro? me dijo todavía.

—Sí, ya está acabado.

—Siendo así ya me puedo morir.

—Pero mujer, ¿por qué dice esas cosas?

—Por reir. Precisamente nunca había estado tan bien, díjome, y se quedó dormida.

Ya no despertó.

Blanca la caja, vestidas de blanco las amigas y pasando por las calles blancas: era el entierro de un lirio. Con las flores del patio le hicieron una corona que colocaron sobre el ataúd; si me hubiese atrevido hubiera puesto el cuadro.

Se me llevaban fondo y figura, y de aquel patio azul, antes tan alegre, no quedaba, más que cuatro paredes gastadas. Tan pequeño, parecía una caja azul abierta y desmantelada de la que hubieran sacado las joyas; un fondo de Mes de María desgarnecido y descarnado por el viento del invierno; una jaula vacía. Por todos lados quietud; arriba, la enredadera colgando como desmayada; abajo el sol sin reflejos; en lo alto un moscardón negro, girando detrás de aquellos vidrios.

Mucho más tarde expuse el cuadro, y me dijeron que unos parientes habían preguntado por el precio.

Eran unos primos, y fui á buscarlos. ¡Pobre gente! quizá querían tener un recuerdo de la pobre niña muerta.

—Verá, me dijeron, la casa que V. sabe la tenemos en venta, y como unos conocidos de América nos han hablado de comprarla, queríamos mandar la vista que usted sacó (si fuera baratita), para que vieran la finca.

—¿Y la niña?

—La niña... la niña, no importa; bórrela.

SUBSCRIPCIÓN

EN FAVOR DE LA OBRA DE LA PROPAGACIÓN DE LA FE

Para las Misiones más necesitadas

J. S., de Barcelona. 3 ptas.

Para las Misiones de Armenia

Pedro I. Alcorta, de Elgoibar. 15 »

Enrique Sienkiewicz

BARTEK EL VICTORIOSO

Con aprobación de la Autoridad eclesiástica

CAPÍTULO NOVENO

MAGDA era una mujer excelente. Trataba á Bartek con dureza, pero le amaba de veras. En momentos de enojo llamábale estúpido, y sin embargo deseaba que nadie la creyera. Solía repetir á cuantos conocían á Bartek:

—Bartek parece estúpido, pero en realidad es muy hábil.

Y esta habilidad era relativa: Magda llevaba el peso de la casa.

Una semana había transcurrido de su primera visita á la prisión, cuando volvió á ella alegre y feliz.

—¿Bartek cómo sigues? gritó con entusiasmo al entrar. ¿Sabes que Oscar Yarzinski ha llegado? Lo acompaña su joven esposa, que es una perla, una perla. Y es riquísima.

—Bien ¿y qué?

—¡Hombre! Espera, imbécil, contestó Magda; espera y oye. Fui á dar la bienvenida á Oscar Yarzinski y la vi. Salió á mi encuentro respirando juventud, majestuosa como una reina, bella, sonriente como la aurora. Vestía magnífico traje azul. Caí á sus piés y ella me alargó sus manos. Y ¡sí! las estreché contra mis labios, le besé aquellas manos finísimas, pequeñas como las de un niño. Me parecía una santa. Es buena y siente los padecimientos del pueblo. Le pedí que nos salvara, que Dios se lo premiara.

Ella me contestó:

—Haré cuanto pueda en vuestro favor.

¡Qué hermosa voz la suya! Le expliqué que en Poguembín los alemanes nos hacen víctimas de innumerables vejaciones, y me dijo:

—¡Ay! ¡no es sólo Poguembín el que padece!

Y empezó á llorar tan sin consuelo que vino su esposo y la colmó de caricias estrechando las finísimas mejillas de aquella mujer hermosísima con sus varoniles manos, y besándole los ojos cuajados de lágrimas: ¡los señores no son como nosotros! Ella preguntó á su esposo.

—¿Qué harás en favor de esta mujer?

Y él contestó:

—Cuanto tú quieras.

¡Que Dios bendiga á la buena señora! ¡que á ella y sus hijos les colme de salud!

Oscar me dijo:

—Habéis hecho mal, muy mal, poniendo vuestros escasos recursos en manos alemanas; pero quiero salvaros, y os daré el dinero necesario para pagar á Justo.

Próximamente las elecciones, continuó, es deber de todos impedir que el pueblo vote por los alemanes. Os daré el dinero que debéis, y avergonzaré á Boege demostrando cuán inicuo es su proceder.

La noble dama extendió los brazos y rodeó el cuello de su esposo en señal de gratitud. Luego hablando de ti Yarzinski, dijo:

—Está muy débil. Escribiré: certificaré que la falta de salud le impide continuar en la prisión. Insistiré hasta lograr sea puesto en libertad provisional, y pediré que el resto de su condena le permitan cumplirlo el próximo invierno, pues se avecina la siega y puede ser útil á su pobre familia.

¿Vas comprendiendo? Ayer Yarzinski pasó el día en la ciudad, y hoy el doctor ha de visitarle y hablará de ti. El médico no es alemán, y firmará el certificado. El próximo invierno entrarás otra vez en la cárcel como el rey en su alcázar. Te regalarán buen fuego y comida abundante. Y ahora, ó mejor dentro breves días, vendrás á casa y

me ayudarás á trabajar. Pagaremos á Justo. Yarzinski presta sin interés. Y si cuando llegue Octubre no podemos volverle el dinero, acudiré á la señora. ¡Que Dios se lo pague! ¿Vas comprendiendo?

—¡Ah, sí! ¡Excelente mujer! contestó Bartek conmovido.

—Tú te echarás á sus piés, le dirás que nuestra gratitud será eterna. Y si Dios nos da buena cosecha, estamos salvos. ¿Ves de dónde viene la dicha? ¿Ves como no viene de alemanes? ¿Te dieron ni un céntimo por las batallas que ganaste? ¡El premio fué abrirte la cabeza á pedradas... y nada más! ¡Ah! ¡sí! tu caerás á los piés de esta noble señora.

—Sí, sí; contestó Bartek.

Parecía que al fin la fortuna resolvía sonreír á Bartek el victorioso. A los pocos días le anunciaron que en atención á su delicada salud quedaba libre hasta el próximo invierno.

Al salir, el *landrath* le mandó presentarse.

Bartek obedeció temblando.

Aquel hombre que atacando á la bayoneta tomó al enemigo banderas y cañones, temblaba á la sola vista de un uniforme militar. Odiaba á los alemanes, que eran sus enemigos, que sólo deseaban humillarlo y dañarlo. Y que podían hacerlo, que eran omnipotentes... ¡demasiado lo sabía!

Su actitud al presentarse ante el *landrath* era la misma que cuando compareció en presencia de Steinmetz: firme, rígido, reteniendo la anhelante respiración. En la sala había varios oficiales: al verlos Bartek sintióse dominado, esclavizado por la disciplina militar.

Los oficiales le miraban con desprecio á través de sus lentes de oro. El *landrath* hablaba con tono imperioso. No aconsejaba, mandaba, imponía su voluntad sin ni siquiera intentar persuadir.

Había fallecido en Berlín un individuo del Parlamento y debían celebrarse elecciones para elegir sucesor.

—¡Atrévete, estúpido polaco! ¡atrévete á votar por Oscar Yarzinski! ¡atrévete si puedes!

Y Bartek ni á respirar se atrevía.

A una señal del jefe repitió el reglamento: *A la orden de V...* dió media vuelta



En la sala había varios oficiales: al verlos Bartek sintióse dominado, esclavizado por la disciplina militar.

á la izquierda y salió. Entonces respiró libremente.

Tenía orden de votar á Schullerg de Upper-Kryvda. Sin perder tiempo y á paso largo partió para Poguembín, pues iba á empezar el tiempo de la siega.

Abandonaba la cárcel y la ciudad. Era feliz.

Al dirigirse camino de su casa creía oír un canto que á los oídos del campesino es suave, agradable, encantador. Era el canto de las espigas, llenas y doradas, mecidas por la suave brisa de las mañanas de estío. Bartek estaba débil, pero aquel sol daba nueva vida.

—¡Ah! pensaba el pobre soldado herido, ¡qué hermoso es el mundo!

¡Aquellos campos eran los añorados campos de Poguembín!

OBRAS NUEVAS

METEOROS

poemas, apólogos y cuentos, originales de D. Juan Alcover.—Ilustraciones de J. Torres García.—Un volumen en rústica, 2'50 ptas.

¿QUÉ HAY DE JESUITAS?

por R. E. Frito

Rebión pensado opúsculo que debe leer y releer todo el mundo.—A 10 céntimos ejemplar. Por cada diez se dan dos gratis.

LOS MANDAMIENTOS

explicados según la doctrina y enseñanzas de la Iglesia católica, por el R. P. Arturo Devine, pasionista.—Traducción directa del inglés, por J. Gili Montblanch.—Un volumen en 8.º, 5'50 ptas. en rústica, y 6'50 lujosamente encuadernada.

LIDIA

por Aurora Lista.—Adornada con profusión de grabados por don Ricardo Opisso.—50 cénts. en rústica, y 1 pta. en tela.

Para los pedidos dirigirse á D. Miguel Casals, Pino, 5, Barcelona.

CLAMORES DE ULTRATUMBA,

por el M. R. P. Fr. JOSÉ COLL,
EXDEFINIDOR GENERAL FRANCISCANO.

Obra importantísima que bien puede llamarse un tratado completo del Purgatorio y de la gravedad de las penas que en él se padecen, como también de la duración de las mismas, de lo que debemos hacer para evitarlo, y de la obligación que tenemos de rogar por los difuntos. Contiene además numerosos ejemplos á cual más edificantes é instrucciones de trascendental interés.—Forma un voluminoso tomo de más de 600 páginas en buen papel y esmerada impresión, y se vende al precio de 2'50 ptas. encuadernado en tela, y á 3 en piel de color y relieves. Por correo, certificado, 50 cénts. más.

Para los pedidos dirigirse á D. Miguel Casals, Pino, 5, Barcelona.

CÉDULA PARA BIEN MORIR.

Segunda edición. A 7 ptas. el ciento.

Impresa en papel mate superior. Consta de 4 páginas de 27X19, en la primera de las cuales figura una muy artística copia del Sagrado Corazón de Jesús, reproducción del celebrado cuadro del P. Morell, S. J.—Por correo, y en paquete certificado, 50 cénts. más.

Librería y Tipografía Católica, Pino, 5, Barcelona.

Se ha repartido á los señores subscriptores el DUODECIMO CUADERNO del

AÑO SACRO

ó lecturas y ejercicios para las principales festividades del Calendario cristiano, por D. Félix Sardá y Salvany, Pbro.

Contiene: La Asunción de María (conclusión).—El Purísimo Corazón de María.—San José de Calasanz.—El gran Doctor de la Iglesia San Agustín.—La Natividad de la Virgen. Numerosos grabados intercalados al texto, y hermosa lámina suelta impresa en papel mate, reproducción del hermoso cuadro de Rafael: *Los Desposorios de la Santísima Virgen*.

Terminada ya la encuadernación de la PRIMERA PARTE del «Año Sacro», que es al mismo tiempo PRIMERA PARTE del tomo III de la Propaganda Católica, se ha puesto en venta al precio de 4 pesetas en rústica, y 6 en tela.

El precio de subscripción á toda la obra es de siete pesetas. El que se subscriba y pague por adelantado diez ejemplares, recibe dos gratis, ó sean doce ejemplares en cada reparto.

Dirigirse á D. Miguel Casals, Librería y Tipografía Católica, Pino, 5, Barcelona, y en casa de los señores Corresponsales de la misma.

NOTA.—El precio de la obra terminada la impresión será para los no subscriptores 8 pesetas.

Prospectos gratis á quien los pida.



MÁQUINAS PARA COSER Y HACER MEDIAS.



LOS MEJORES SISTEMAS CONOCIDOS

Vende á plazos.

DA TRABAJO TODO EL AÑO.

Cambia, compone y enseña gratis á domicilio.

SALVADOR TORRAS, calle de Sta. Ana, 2, pral. (esquina. Rambla)

Se hacen y componen medias y calcetines. Colores sólidos.

MEDALLAS RELIGIOSAS

TALLERES VALLMITJANA, GRACIAMAT, 6, BARCELONA

GRABADORES DE MEDALLAS en todas formas y en toda clase de metales.—Constructores de toda clase de artículos para el CULTO RELIGIOSO.—Exportadores al extranjero y Ultramar.—Proveedores de las principales Ordenes religiosas y Santuarios.

HOMEOPATÍA

Cajas, carteras, botiquines, desde 6 á 500 pesetas. Obras de Homeopatía de todos los autores: Tinturas, trituraciones, glóbulos, diluciones y todo lo relacionado al sistema. Unica Farmacia Homeopática aprobada por la Academia Médico-Homeopática. Calle Santa Ana, 5.

MÁQUINAS PARA COSER

Y HACER CALCETA.—MARCA ESTRELLA

AL DETALLE, HOSPITAL, 110, BARCELONA

POR MAYOR, TALLERES EN BADALONA

Colección completa de LAS MISIONES CATÓLICAS.—Los ocho tomos publicados forman un total de cerca de 4,000 páginas, en folio, y 1,200 grabados y véndense al ínfimo precio de 63 PESETAS.

TIPOGRAFÍA CATÓLICA, Pino, 5, Barcelona